

VII

EL SIGLO XX, MEDIO SIGLO DE ESFUERZOS (1900-1950)

Por Fr. LUIS VILLASANTE
y ANTONIO LABAYEN

La época actual, en lo que va de siglo, constituye tal vez el período de actividad literaria más fecundo en toda la historia de la lengua (decimos tal vez, pues las comparaciones de unas épocas con otras, por ser distintas las circunstancias, resultan difíciles y frecuentemente engañosas, y en siglos anteriores la lengua vasca ha conocido períodos con cultivadores en cantidad no despreciable, tales, por ejemplo, la primera mitad del XIX, el XVII, etcétera). De todos modos, ahora es cuando en el ánimo de los cultos del país se inocular y prende un espíritu nuevo: tiene lugar una toma de conciencia respecto al valor de la propia lengua, se la quiere dignificar, convertir en vehículo de actividades literarias, nobles, desinteresadas. Se realiza además una ingente labor de recogida del patrimonio folklórico, lingüístico, poético, etc., del que hasta ahora era único dueño y usuario el pueblo bajo, sin que los cultos le hubieran prestado más que escasa atención. En esta labor de recogida sobresalen Azkue, J. M. Barandiarán, Barbier y el P. J. A. de Donostia.

La actividad literaria se ejerce principalmente a través de publicaciones periódicas: revistas, semanarios, etc., y de libros con ambiciones literarias como anteriormente no conociera la lengua. No obstante, los trabajadores son pocos y el trabajo a realizar inmenso. La lengua viva sigue en retroceso. La conciencia e inquietud por la salvación y el valor de la lengua no consigue interesar a todos los vascos, muchos de los cuales no conocen además el idioma vascuence. Con frecuencia los ensayos literarios van marcados por un exacerbado purismo y reformismo

de la lengua, que en realidad hace a ésta tanto daño como provecho. A fin de enderezar los estudios vascos por un camino sólido y realista, Julio de Urquijo crea la «Revista Internacional de los Estudios Vascos», que se publicó de 1907 a 1936. En 1918 se constituye la Academia de la Lengua, que edita la revista «Euskera» como órgano de sus actas y estudios.

El periodismo, el teatro, la novela, los cuentos y narraciones, la literatura religiosa, las traducciones, y sobre todo la poesía, son los campos preferentemente cultivados.

También en el país vascofrancés la época arroja un saldo francamente positivo. El quehacer periodístico, la novela, la canción y la poesía, la recogida de relatos folklóricos y el teatro serán los campos más favorecidos por los cultivadores de ese lado del país. Es preciso notar además que allí la literatura se guarda de los extremos radicales de la de este lado, pero es también menos ambiciosa, más anclada en lo local y pueblerino.

Como escribió Iratzeder, el poeta benedictino de Bello, señalando las características distintivas de las dos Vasconias, en la española hay más fuego y más fuerza, en la francesa más medida, gracia y naturalidad («Euzko Gogo», 1956, mayo, p. 10).

Tal vez haya que apuntar como uno de los fallos de esta actividad literaria el cultivo un tanto unilateral de lo bello y desinteresado, con un relativo abandono de objetivos más humildes y prácticos, pero ineludibles.

JOSE MANUEL DE ECHEITA **(1842-1915)**

Nació y murió en Mundaca (Vizcaya), cuna de ilustres marinos. Hechos sus estudios en el Instituto de Bilbao, se dedicó a navegar, fue capitán de barco y luego capitán inspector de vapores con residencia en Manila. En dicha ciudad desempeñó los más altos cargos; consejero de Administración de las Islas Filipinas, director de la Compañía Marítima, presidente de la Cámara de Comercio y por fin alcalde de la ciudad de Manila.

Retirado a Mundaca, dedicó sus últimos años al cultivo de la lengua vasca en su dialecto nativo de Vizcaya. Echeita seguía de cerca la marcha de los estudios vascos y los esfuerzos que se hacían por cultivar literariamente el idioma, y él quiso aportar su óbolo a esta obra. No deja de ser altamente simpática la figura de este auténtico lobo de mar, que después de prestar los más altos servicios a la patria, en su ancianidad se dedica al cultivo de la lengua de su país natal.

Además de colaborar en las revistas vascas de su tiempo, Echeita nos ha dejado tres libros, o sea, dos novelas, más un tomito de poesías. He aquí sus títulos y argumento: 1. **Josecho** (Durango, 1909). Es la historia de un niño que fue robado a sus padres por una banda de gitanos, los cuales lo venden a una familia de Mundaca por diez duros y diez gallinas. El niño crece, se hace marino, tiene muchas peripecias en su vida, al fin puede pagar a sus padres adoptivos cuanto hicieron por él, y aun llega a conocer a sus verdaderos padres. 2. **Jayotterri Maittia (El amado país natal)**, Durango, 1910, novela de ambiente pastoril. 3. **Au, Ori ta Bestia** (Durango, 1913), tomito de poesías sobre diversos temas.

Traducimos un trozo de **Josecho** y el prólogo de **Jayotterri Maittia**.

JOSECHO

LOS GITANOS DELANTE DE LA CASA

En el año tercero de las promesas que hicieran Domingo y su mujer yendo descalzos, a la hora del crepúsculo del anochecer, aparecieron ante la casa unos gitanos, y llamaron. Domingo y Martín salieron a la puerta: los gitanos pidieron un cobertizo donde echarse aquella noche. También Juana Mari bajó, asustada de miedo, al ver aquellas caras negras; los de casa temían decirles que se fueran, y les ofrecieron una cuadra en que había paja de trigo extendida, para que se acostaran en ella. Contentos se quedaron los gitanos cuando consiguieron aquella cuadra espaciosa y grande para estar calientes.

Los gitanos eran tres hombres, tres mujeres, cuatro niños, cuatro burros y dos perritos; pero desaseados, andrajosos, desarrapados, más negros que el carbón, que sólo tenían huesos y piel. Sobre un burro venía un niño

de unos dos años, de mejillas sonrosadas, ojos azules, esbelto, de hermoso pelo color castaño; no parecía de la raza de los otros; venía a todo llorar, gritando «¡mamá, mamá!», y cuando lo bajaron del burro, se fue a todo correr adonde Juana Mari, y la asió fuertemente de la saya, prosiguiendo sus gritos de madre, madre, madre. Juana Mari no sabía lo que le pasaba en aquella hora. Sintió una lástima inmensa por aquel niño desventurado. Sin duda pensó que sería robado en algún lugar, y lo tomó en brazos.

A gusto estaba el muchacho, cuando Juana Mari lo tomó en brazos: cuando se le aproximaban los gitanos, abrazaba fuertemente a Juana Mari con grandes gritos; no quería ir adonde los gitanos.

El niño sabía andar, pero todavía no sabía hablar: únicamente decía algunas palabras en vascuence. Los gitanos no sabían vascuence y era claro que el niño no era de ellos, sino que lo traían robado de alguna parte.

Aquella noche el muchacho durmió con Domingo y su mujer, muy contento y con ánimo alegre; estos dos estuvieron toda la noche sin poder conciliar el sueño, temerosos de lo que podría pasar con los caras negras que estaban en la cuadra. Por la mañana cuando se levantaron de la cama, el niño no quería salir de casa a la azotea, de miedo que los gitanos le llevaran otra vez.

Juana Mari y el marido le cogieron gran lástima y además una inmensa afección: pidieron a uno de los gitanos que les dejaran aquel niño, pero con cara sombría contestó que no. En cambio las tres mujeres querían que se quedase en aquella casa, si a cambio del niño les daban algo: querían dejarlo porque siempre estaba llorando y gritando sin callar.

Aquel día los gitanos fueron a Mundaca a pedir, dejando los burros y los perros en la cuadra, y hasta el anochecer no vinieron a la playa. Al otro día, cuando la marea estaba baja, fueron de roca en roca a cazar lapas, percebes, caracolillos, almejas y los cangrejos que están bajo las piedras: con lo que capturaron tenían bastante para tres días.

Al día siguiente por la mañana pensaban marchar. Los hombres querían llevar consigo al niño que Juana Mari tenía en brazos; las gitanas querían dejar el niño recibiendo algo a cambio de él. Domingo y su mujer pedían

que les dejaran al niño, pero aquellos hombres altercaban con sus mujeres. En esta discusión perseveraron largo rato, y por fin pidieron a Domingo diez duros y diez gallinas por el niño.

Juana Mari se fue presurosa a Mundaca llevando al niño en brazos; consiguió los diez duros; Martín Zaldi cogió en el gallinero diez gallinas, y se las dieron. Recogieron sus niños, asnos, perros, cangrejos, lapas y demás y se fueron de la playa dejando allí al muchacho. Los gitanos dijeron que se llamaba Pedro, pero llamándole Pedro, no contestaba.

Juana Mari, aquella tarde, teniéndole en el regazo mientras le daba sopas de leche, le preguntó:

—Muchachito, ¿cómo es tu nombre?

De nuevo, como una y otra vez le preguntara, se acordó de su nombre, y lleno de gozo contestó: Josecho.

—¿Josecho es tu nombre? —preguntó de nuevo Juana Mari—, y el niño asintió con la cabeza.

—¿Eres Josecho? —preguntó aún, y entonces sonriendo contestó:

—Sí.

He ahí cómo se supo el nombre del muchacho para alegría de toda la familia, y entonces loca de alegría le decía Juana Mari, apretándole entre sus brazos:

—¡Josecho de mi corazón! ¿Por qué lugares has andado con esos gitanos? ¿De dónde has venido con esos negros, querido mío? ¿Por qué llorabas y gritabas tanto? ¿Por qué tenías tanto miedo de ir con ellos? ¿Qué es lo que te hicieron? Ahora vivirás aquí con nosotros, ¿no es así?

—Sí.

—¿Para siempre con nosotros?

—Sí.

—¡Sí, hijo de mi corazón!

Así continuó largo rato Juana Mari, y le dio muchos besos.

EL AMADO PAIS NATAL (JAYOTERRI MAITTIA)

PROLOGO

¡Ay, querido lector! Si nuestros antepasados, saliendo de bajo tierra a la superficie, vieran que el euskera va

alejándose hasta de los montes, y que muchos vascos no entienden la hermosa lengua de su país, inmediatamente se sepultarían de nuevo asustados, no pudiendo creer que sus hijos habrían de ser tan inconstantes. ¿Qué rémora supone el que los vascos entre nosotros hablemos en vascuence? Para nosotros no puede haber lengua más dulce que la aprendida en el regazo de nuestros padres, ni que más fácilmente enterezca los corazones.

Bien está saber la lengua de los castellanos: viven cerca de nosotros; tenemos relación, intercambios y comercios mutuos, y con frecuencia nos encontramos en la necesidad de entendernos con ellos.

Nosotros mismos somos los culpables, los que abrimos al vascuence los caminos para despedirlo, pues hablamos entre nosotros en castellano. El que los vascos entre sí hablen en vascuence es la cosa más natural y legítima dentro de lo que se acostumbra en la convivencia humana; y si entre nosotros empleáramos nuestro idioma, éste no se ausentaría de nosotros; seguiría los caminos que siguen todos los idiomas, iría aumentando sus palabras y purificándose cada año.

Si el euskera se ausenta, que Dios proteja a los vascos y al País vasco; entonces todos seríamos castellanos, una vez perdida la característica más sobresaliente y más entrañable de nuestra estirpe.

Los que sabemos hablar en vasco, tomemos ante todo un propósito firme y duradero de hablar entre nosotros en vasco, para que cuanto antes propaguemos, purifiquemos y hermosemos la amada lengua de nuestros países.

Hay vascos que harían mil veces mejor que yo libros de lectura como éste y que tal vez tienen miedo de sacar a luz su hermoso lenguaje y sus capacidades. ¿Miedo de qué? ¿Porque creen que cometerán errores? Si nos dejamos dominar de ese miedo, el vascuence no puede hacer progresos. Las ediciones vascas están todavía en el grado ínfimo de la escala, sin poder subir: en mi opinión son aún pocos los escritores que escriben en un vasco totalmente puro y sin faltas: cada pueblo y cada escritor tiene su lenguaje peculiar. Tenemos algunas bellas gramáticas recientes para aprender el vascuence; pero aunque sean hechas por hombres sabios, discrepan entre sí respecto a los caminos a seguir para buscar el euskera puro. Cada dialecto debe escribirse con una sola ley, y ¿qué

gramática vamos a tomar para aprender a escribir en el vasco de Vizcaya?

Eso es lo primero que hay que decidir. Y una vez decidido, ése ha de ser el euskera que nosotros mismos hemos escogido, y el más puro para nosotros.

Mientras tanto, si todo el que puede publica novelas y cuentos buenos en el euskera más puro que puede, cumpliremos la obligación que tenemos de purificar y propagar nuestro querido euskera; y además, hablando mutuamente en vasco.

En Mundaca, a 15 de agosto del año 1909.

DOMINGO AGUIRRE (1864-1920)

Domingo Aguirre ha sido considerado como el primer prosista y novelista que produjo el movimiento literario vasco de fines del pasado siglo y principios del presente. El supo expresarse en un lenguaje sólidamente cimentado en el habla vasca auténtica y real, discretamente depurada y dignificada. Sus obras, paciente y morosamente trabajadas, han quedado como frutos bien logrados y duraderos.

Nació en Ondárroa (Vizcaya). Hijo de humilde familia, gracias a la ayuda ajena pudo hacer «carrera corta» de sacerdote. Después de su ordenación, prestó sus servicios casi toda la vida como capellán de las Carmelitas de la Caridad de Zumaya (Guipúzcoa). Hombre estudioso, laborioso, de gran finura espiritual, desde su retiro de Zumaya colaboró en las revistas vascas de la época, donde publicó diversas poesías y otros trabajos. Seguía de cerca la marcha de los estudios vascos y mantuvo estrecha amistad con las principales figuras que los promovían: Azkue, Campión, Urquijo, Echeagaray, etc.

Domingo Aguirre es autor de tres novelas: la primera, de carácter histórico: **Auñemendiko Lorea (La flor del Pirineo)**, 1898. La segunda, **Kresala**, 1906, tiene como marco y tema la vida y costumbres de un pueblo pesquero del Cantábrico (su pueblo natal). La tercera, **Garoa**, 1912, tiene por marco la vida vasca de un medio montañés, o sea de un caserío de labradores-pastores. **Garoa** está escrito en dialecto gui-

puzcoano, las otras en vizcaino. **Garoa** y **Kresala** han triunfado ampliamente y conocido repetidas ediciones. Últimamente han sido editadas ambas en la Editorial Franciscana Aránzazu. También **Auñemendiko Lorea** ha salido en texto bilingüe, vasco y castellano, en la colección Auñamendi.

Ofrecemos la traducción de diversos trozos de **Kresala** y **Garoa**.

KRESALA

TRAMANA Y BRIX

Viniendo con un cesto lleno de atún, al pasar por entre las mujeres que estaban sobre el puerto, Brix le dio un empujón a Tramana con la cesta, queriendo o sin querer, eso no lo sabemos, pues de ambas maneras pudo ser. Tramana, volviendo la cabeza, vio a su émula, y empezó:

—¿Quién es ésta, que necesita tanto espacio? Me he vuelto creyendo que era la reina y resulta que es la bruja Brix.

En cuanto oyó la pulla de Tramana, dejó Brix en el suelo su cesta, puso las dos manos en la cintura, y mirando a las que estaban en derredor, meneando la cabeza, dijo:

—Miren, miren cómo comienza una vez más la sin pelo, cochina, borracha.

Y dando cara con osadía a su contraria, prosiguió:

—Oye, Tramana, gorda, vieja de popa grande, ¿en qué brujerías me has visto tú a mí? De seguro que tú habrás andado en brujerías, pero embriagada, y ni siquiera habrás conocido a las que andaban contigo.

—¿Yo embriagada? ¿Embriagada con qué? ¿Con la botella que ayer se te cayó a ti en la calle de debajo del delantal?

—¿Eh? ¿Qué es lo que dices? ¿Que a mí se me cayó ayer la botella en la calle? Mientes, puerca, cochina, cerda, piojosa, desvergonzada.

—Te duele la verdad, ¿no es eso? Inútilmente lo negarás, porque también Mariconche te vio.

—A la insulsa, badulaque, bizca y bellaca Mariconche, lo mismo que a ti, yo os quitaré el pellejo de la cara con mis zarpas, aunque lo tenéis bien grueso.

—¿Tú?, ¡ja-jai! No olvides que si no tienes piojos en la cabeza es porque anteriormente yo te maté las liendres.

—¿Tú matarme a mí las liendres? No estás mala. En mi cabeza no hay liendres. Yo tengo bien limpia la cabeza, Tramana. Tan limpia como tú, sucia, asquerosa, no la has tenido nunca.

—¿Limpia con qué? ¿Con el aguardiente que llevaste de casa de Chanton Kaiua? Mejor hicieras si hubieras limpiado también las legañas de los ojos.

—Si llevé aguardiente de la casa de Chanton, era bien llevado; de lo mío, y no como tú, a cuenta de otro...

—¡Ja, jai! ¿No has dicho, pues, antes que no lo llevaste?

—Antes, ahora y siempre, la verdad es la mía, míaaa...

—Vete da ahí, sosa, muerta de hambre. Quítateme de delante, porque si no...

—Si no, ¿qué? Me iré yo cuando quiera, por no ver ante mí una mujer como tú, torpe, mugrienta, llena de manchas.

No terminó con esto el altercado de Tramana y Brix: se alejaron una de otra, murmurando sus cosas; pero volvieron a encontrarse de nuevo, dos, tres y hasta cuatro veces, y allí fue Troya al fin, cuando mutuamente se fueron a las manos.

Muchos pensarán que pongo aquí demasiadas bajezas: bien puede ser, pero no he puesto ni la cuarta parte de lo que dijeron Brix y Tramana, y a pesar de todo, los hombres del pueblo prosiguieron en los trabajos y quehaceres de las lanchas, sin hacer el más mínimo caso. ¡Si era cosa de siempre! Si hubieran sido otras, pero Tramana y Brix.... ¡bah!

(Kresala, VIII.)

KITOLIS

Era poco antes de Navidad. Nos hallamos cuatro individuos en una pequeña lancha a la hora que comienza a anoecer, en la pesca del berdel, frente a Orio. Cuando nos quedamos solos, pensando por un lado que era tarde, por otro que hacía frío y que habíamos capturado un poco de pescado... comenzamos hacia casa. Soplaba el solano, el viento que viene de tierra. Levantamos el

trinquete y veníamos sin cuidado, mientras que el timonel se calentaba las manos en los sobacos, trayendo la cuerda atada a un banco... Y en una de éstas, ¡brast!, nos pega un fuerte golpe de viento, y ¡dsaust!, todos al mar, a una y en mezclanza con los peces, cestos, sogas y todos los aparejos que había dentro de la lancha. Con todo salimos de debajo del agua, ahí el uno y aquí el otro, todos tiritando de frío; nos acercamos a nado a la lancha que estaba con la popa en alto, y nos preguntamos mutuamente: Hombres, ¿qué ha sido esto? Pero no hacía falta que nadie contestara: todos lo sabíamos. Un pequeño descuido, un exceso de confianza. ¿Pero a quién se le iba a ocurrir semejante cosa, si el mar estaba totalmente en calma?...

Nadie ha visto jamás escena más lastimera. Cerca de nosotros no había nadie, y allí tendríamos que mantenernos a flor de agua hasta la mañana. ¡Hasta la mañana! ¡Y todavía, a lo sumo, no serían las seis!... Consumidos de frío y de miedo, y tener que permanecer en esa situación durante doce, trece o catorce horas! ¡Y además no sabiendo si a la mañana siguiente vendría alguien a nosotros!... «A ver, muchachos —nos dijo el timonel por animarnos un poco—, ofrezcamos a la Virgen de la Antigua que iremos a su ermita todos descalzos y portando los remos a hombros, si salimos de aquí con bien, y empecemos ahora a rezar el rosario...

Yo coloqué a Nicomedes, mi querido hijo de doce años, a gatas sobre la quilla, y empezamos a rezar... Sólo Dios sabe cuántas plegarias hicimos. Además del rosario, rezamos padrenuestro y avemaría e hicimos mil plegarias cordiales largas y cortas a todos los santos, aprovechando también algunos momentos para virar nuestro cuerpo dolorido a una parte y a otra... Mientras nos ocupábamos en esto, hacia las diez, en la fuerza que traía el viento y en los balanceos de la chalupa conocimos que el mar iba a hervir y que la muerte rondaba cerca de nosotros. Estaba oscuro. El silbo del viento que nos venía a los oídos me parecía de escarnio. En tierra se veían los faros de Guetaria y Zumaya, y a mí se me antojaron luces de muertos. ¡Eramos nosotros los que estábamos muriendo con plena salud!...

«¿Qué hora será, aproximadamente?», preguntó el viejo Martín, con un acento que anunciaba la muerte. «En-

tre las diez y las once», le dijimos. Y él, con el más sombrío de los tonos que aún tengo en las orejas: ¡«Qué larga es la noche! —prosiguió—, ¡cuán larga! Yo no puedo durar más, pronto tengo que concluir, y si vosotros veis alguno de los nuestros...» No tuvo tiempo para decir más, pues un golpe de ola nos lo arrebató de al lado. Por cierto que volvimos a traerlo de nuevo y le aconsejamos que asiera fuertemente al borde de la lancha; pero no tenía fuerzas para nada, y echando espuma de la boca, diciendo «Pésame, Señor, pésame Señor», se fue al fondo... El mar venía cada vez más crecido, las olas cada vez más fuertes, y nosotros nos hallábamos cada vez más cansados. Queriendo buscar una postura menos penosa, tan pronto colocábamos el peso del cuerpo sobre una mano, tan pronto sobre la otra, ahora subíamos sobre la quilla, ahora bajábamos al borde de la lancha, no pudiendo estar encima... Martín dijo que la noche era larga. ¡Sí que es larga! ¿Y qué será la eternidad para el que está sufriendo?...

(Kresala, XI.)

GAROA

LA ENFERMEDAD DE JOANES

Pero si el cuerpo se le quedó impedido y abatido, no así su alma: el alma la tenía más luminosa que nunca, más viva y más robusta. La memoria de Joanes recordaba como nunca los alegres años de su juventud, la inteligencia de Joanes conocía como nunca las profundas verdades eternas de Dios, el corazón de Joanes amaba más tierna y sinceramente que nunca al Dios Creador Poderoso.

Cuando sentado en el viejo banquillo de junto al fuego, mirando a la llama viva de las ramas o a la dorada lengua de fuego que lamía el tronco, se quedaba solo, ¡oh!, con qué sabroso amargor le venían a la memoria todos los acontecimientos de su vida, desde que fue menudo crío hasta llegar a viejo escuálido. El primer traje de hombre, la primera bajada al pueblo, la primera subida al monte, las diversiones de chico, las fiestas de San Miguel de muchos años, los dulces días que precedieron

al casamiento, los momentos en que nacieron sus hijos, el gozoso advenimiento de la nietecita..., todo parecía de ayer por la mañana, todo lo tenía a su lado, la imaginación se lo acercaba todo, a la manera que el viento sur que precede a la tormenta suele aproximarnos las tierras y los montes lejanos. A la verdad, el ayer y el hoy, el verano y el invierno, la juventud y la vejez, no están lejos el uno del otro: podemos decir que son la mañana y el anochecer del hombre; a Joanes se le antojaban como las dos caras de la misma moneda.

¡Oh!, con qué claridad le mostraba el entendimiento la nada del hombre al pensar en la eternidad de Dios! Antes, muchos antes que él, Joanes, fuera engendrado, Dios ya existía y era hermoso, grande, poderoso, feliz, Creador y Provisor de todas las cosas; cuando él, Joanes, se había acercado a la muerte, Dios continuaba siendo el mismo de antes, poderoso, grande, hermoso, feliz. Y de la misma manera lo hallarían los descendientes de Joanes y de la misma manera lo dejarían, porque así fue y así sería, siempre poderoso, siempre igual; sin comienzo, y origen de todos los comienzos; sin término, y fin y remate de todos los términos.

(*Garoa*, X.)

EL SUEÑO DE JOANES

Os voy a manifestar —dijo una vez— el sueño que tuve hace tiempo en la campa de Urquiola. Estos días lo he recordado.

Después de comer, sentado sobre las raíces de un roble bravío, encendí mi pipa.

El roble era de anchas raíces, gruesa cintura, hombro torcido, copa frondosa; sus ramas superiores llegaban casi hasta el cielo. Sus raíces eran fuertes, y las tenía fuera de la tierra en todo el derredor, la corteza la tenía rajada y como reventada, dejando al descubierto la parte interior quemada del tronco a semejanza del seno de algunos ancianos, y junto a la frente mostraba un grande agujero roji-negro, a manera de vieja herida incurable.

—Bien se ve que eres viejo —se me ocurrió, mientras miraba al roble por entre las nubes del humo de la pipa.

Había dormido poco aquella noche, y sin darme cuenta, sin tiempo para guardar la pipa, se me cerraron los ojos, me venció el sueño.

Y en cuanto me cogió el sueño, comencé a soñar.

—¿Que soy viejo? —me decía el árbol—. Es verdad. Ni yo mismo sé cuántos años tengo. Yo no sé qué son y para qué son los años, pero ciertos hombres tampoco lo saben... ¿Cuándo fui yo pequeño? De seguro que alguna vez lo fui. Alguna vez fui como una de esas bellotas que tengo en las extremidades de mi copa. ¿Quién lo creyera?... Me metieron bajo tierra, o me metí yo (eso no lo sé de ciencia cierta), pues todas las cosas pequeñas suelen estar bajo tierra; pero en mi ansia de vivir, poco a poco, lentamente, saqué mi cabeza de bajo tierra a la superficie, vi la luz del cielo, conseguí un poco de fuerza, hundí fuertemente en lo posible hacia abajo mis raíces o pies, levanté más y más mis brazos, y con el transcurso de días y de años, vistiéndome en la primavera de hoja verde y quedando en el negro invierno en puros huesos, unas veces bajo el sol canicular y otras bajo prolongados y terribles aguaceros, me hice grande, fuerte y rollizo, más grande que todos los colegas del contorno, más fuerte y más rollizo que ellos.

Mucho me ha tocado ver desde entonces en mi larga vida. No se pueden contar las injurias que me ha infligido la tormenta. Con frecuencia he tenido que recibir sobre mí el bellaco estallido de la granizada, con frecuencia me ha alcanzado y herido la piedra (la descarga) viva y compacta que velozmente baja de las nubes, más de mil veces he sostenido durante noches enteras luchas feroces con el viento formidable, y a ratos, en el transcurso de la negra pelea se me han roto mis mejores ramas. Si no he perdido todo mi existir, se lo debo a mis fuertes raíces. Raíz, raíz es lo que se necesita para ser rollizo y dar cara a la tempestad. Los árboles que son trasplantados de una parte a otra, gráciles, pero sin raíces, caen cabeza abajo y quedan en ridículo ante la tempestad.

(Garoa, X.)

EL CREPUSCULO VESPERTINO

La tarde era espléndida, dulce, pura, hermosa y vivificante, apta para poner alas en el corazón y como para abrir en el alma caminos anchurosos que llegan hasta el cielo. El tibio sol desprovisto de fuerza, dejada bajo la sombra la mayor parte de la tierra, se ocupaba en clavar sus últimos alfileres de luz a la cumbre del monte, oblicuamente y gota a gota; el céfiro suave, el vientecillo del anochecer, jugueteando en las hojas nuevas, cimbreado las hierbas alargadas, acariciaba blandamente los rostros del abuelo y de la nieta, como con pluma de ángel; los diminutos pájaros alegres, el tarín, el paro azul, el jilguero, el petirrojo, fatigados por las andanzas y canturreos de todo el día, se hallaban retirados en los matorrales y arboledas, guardado el pico bajo las plumas, a modo como el chistulari guarda su silbo en la vaina; los feos y torpes murciélagos, en su volar insulso y vacilante, se dirigían de una a otra parte en plan de caza, en busca de mosquitos e insectos; la primera dulce estrella, en lo profundo del firmamento azul, descubrió su plácida luz, a semejanza de una pepita de oro vivo, y las ranitas de los pozos dieron principio al monótono y duradero canto nocturno de los caseríos: klin-klon, klin-klon.

(*Garoa*, XV.)

PEDRO MIGUEL URRUZUNO

(1844-1923)

Nació en Elgoibar (Guipúzcoa). Se hizo sacerdote y la mayor parte de su vida la pasó en Mendaro (Guipúzcoa), primero como párroco y después como capellán del Convento de monjas agustinas. Hombre humilde, abnegado, entregado al servicio de todos, especialmente de los más bajos y desfavorecidos. Vivió en íntimo contacto con el pueblo bajo, cuya vida, costumbres y lengua conoció como pocos. No tenía dotes para el púlpito; sin embargo, escribió una prodigiosa cantidad de artículos en todas las revistas vascas de la época. Los temas que en ellos toca son generalmente li-

geros y triviales, escenas de la vida, cuentos, episodios cómicos, etc. Es uno de los autores más humoristas de la literatura vasca. Entre sus mejores amigos figuraban los gitanos, a quienes ha dedicado muchos artículos. También tradujo al vasco varias obras ascéticas (Cochem, Baudran).

En 1930 se publicó un libro con una selección de cuentos, entresacados de los que publicara en las revistas. Recientemente la colección Auspoa ha publicado hasta 3 tomos con trabajos de Urruzuno, y aun debe de haber más en proyecto. Los tomos publicados son el 5, el 47, y el 51 de la citada colección.

Las revistas en que Urruzuno publicó sus trabajos son «Euskal-Erria», «Eskaltzale», «Ibaizabal», «Euskal Esnalea», «Baserritarra», «Jesusen Biozaren Deya» y «Argia». También cultivó el verso.

DEL PAIS VASCO AL CIELO

I

A la pobre Ventura le llegaron días tristes. La abuela a quien ella tanto amaba, que había sido para ella la mejor de las madres, que tantos besos sabrosos le diera, la que tan bien le enseñó el camino del cielo, murió con noventa y un años, quedando ella a los veinte de edad en la tierra huérfana.

En medio de todos sus sinsabores, tenía una satisfacción. Ella hizo todo lo que pudo por su pobre abuela, y así murió como una buena cristiana, y además encargaría todas las misas que pudiera, para que cuanto antes se fuera al cielo, si ya no estaba en él, y la pobre abuela le ayudaría desde allí.

La señora Rosa no se olvidó de Ventura; la trajo a su palacio y parecía que la tenía adoptada como hija. De sobra está decir cuán bien correspondía Ventura a su bienhechora.

Una noche de invierno, después de rezar el santo rosario y leer la vida del santo del día, como aún era pronto para ir a dormir, la señora Rosa le dijo a Ventura:

—¿Sabes algún cuento?

—Yo no sé cuentos, pero alguna cosa parecida a cuento sí que sé.

—¿Qué será ello?

—Un sueño.

—¿Soñado por ti?

—Sí, señora.

—¿Es bonito?

—En mi opinión, muy bonito.

—¿Me lo vas a decir?

—Sí, señora, y con mucho gusto, si usted lo desea.

—Oigámoslo, pues —dijo la señora Rosa, y Ventura comenzó a decir así:

—Una noche comencé a soñar, estando dormida.

—Por cierto que estarías dormida —dijo la señora Rosa—. Nadie sueña estando despierto.

—Perdone —contestó Ventura—, aun estando despierta yo suelo soñar.

—¿De veras?

—Sí, señora, sí, de veras.

—Entonces has tenido dos sueños: el uno estando dormida y el otro despierta.

—Así es, señora.

—Dinos hoy el primero, el que hiciste estando dormida, y mañana dirás el otro.

—Voy a comenzar a decir el primero. Como antes he empezado, voy a decir de nuevo: estando dormida se me apareció un ángel muy hermoso. Traía dos alas pequeñas en las manos.

—Mujer —le dijo la señora Rosa—, ¿las alas en las manos?

—Sí, señora —le respondió Ventura—, pero traía esas alas además de sus alas grandes. Me puso a mí en las espaldas las dos alas pequeñas, y me dijo: «Ven conmigo», comenzamos ambos a volar, y pronto llegamos más arriba que la luna, el sol y las estrellas.

—Y aguarda —le dijo la señora Rosa—, ¿no encontrasteis en el camino alguno de esos aeroplanos de ahora?

—Algunos sí, señora; allí andaban que parecían murciélagos, ya para aquí, ya para allá, como los hombres que andan borrachos, pero no les hicimos gran caso.

—¿Y después? —le preguntó la señora Rosa.

—Después —le contestó Ventura—, pronto llegamos al cielo. Lo que allí vi, lo que oí y lo que sentí, yo no lo puedo decir. Me parecía que era un mar hecho con todas las hermosuras, sabores y placeres, y que estaba en

medio de ese mar. En lo más alto aparecía un trono, el más hermoso posible, y una mujer en el mismo, mucho más hermosa que los mismos ángeles, y rodeada de ángeles. Sin saber cómo, volé hasta sus pies, deseando besarlos, pero me dijo: «No.» Me tomó en sus brazos, y me dio un gran beso en medio de mi frente. ¡Qué era aquello! Aquella dulcedumbre me iba a hacer reventar de puro gozo, y me desperté; a duras penas me di cuenta de dónde me encontraba.

—Luego sentirías tristeza —le dijo la señora Rosa.

—No lo crea —le contestó Ventura—, me quedé con la esperanza de que ese sueño se va a trocar todavía en realidad, y que así lo quiera Dios.

II

Al día siguiente por la noche, como siempre, rezaron el santo rosario, leyeron la vida del santo del día, y la señora Rosa le dijo a Ventura:

—A ver cómo nos dices ahora el segundo sueño.

—¿El que tuve estando despierta, o el que tengo con frecuencia?

—Sí.

—Inmediatamente —le contestó Ventura—. Entre los consejos que me dio mi querida abuela poco antes de morir, me quedó uno firmemente impreso en el corazón. «No salgas jamás del País Vasco; del País Vasco al cielo; del País Vasco al cielo; del País Vasco al cielo.» Me lo dijo por tres veces, y yo traigo en mi mente un proyecto para realizar ese consejo, pero es como un sueño.

—¿Y puedo yo saber cuál es ese proyecto o plan? —le preguntó la señora Rosa.

—Sí, señora, sí —le respondió Ventura—. Inmediatamente se lo diré: cada vez que entro en la iglesia de las monjas, suelo decir para mis adentros: «si yo viviera ahí adentro, me iría del País Vasco al cielo...»

—¿Y te irías monja? (la señora Rosa).

—Sí, señora; pero...

—Y ellas, o sea, las monjas, ¿no te recibirían?

—Sí, señora, pero...

—¿Qué quieren decir esos dos «peros»?

—El primero quiere decir que no tengo dinero o dote.

—¿Y el segundo?

—Que necesito también el consentimiento de usted.

—Y aun teniendo dinero, ¿no te irías sin mi consentimiento?

—No, señora.

—¿Por qué no?

—Porque le debo a usted mucho, y además, aunque el decirlo me dé un poco de vergüenza, se lo diré: porque le amo a usted mucho y tanto como no puedo decir.

—Y aunque yo no lo quisiera, ¿si Dios te llama?

—Dios quiere que se corresponda con agradecimiento a los bienhechores: y yo le pediría a Dios que le cambiara a usted la voluntad, a fin de que me diera el permiso, y conseguiría esta gracia: así lo creo.

—La tiene conseguida, pobrecita —dijo la señora Rosa en su corazón; en sus ojos empezaron a asomarse las lágrimas, y a fin de que Ventura no lo conociera—. Sí, sí, mañana hablaremos —dijo, y se fue la señora Rosa, diciendo «Buenas Noches», a su cuarto; y también Ventura al suyo.

Tan pronto como entró la señora Rosa en su cuarto, lloró abundantemente y hablando a solas dijo:

—¡Ay, Ventura, Ventura! No sabes todavía cuánto te y aquí en la tierra, la morada para los ángeles, es esa santa casa que tú has escogido. He envejecido, y pronto tengo que morir; el apartarme de ti me acortará la vida, pero conozco bien que para una joven hay hoy grandes peligros, si se queda sola. Tu abuela te llama «Del País Vasco al cielo», y el camino más recto ella misma te lo ha puesto en la mente; yo moriré contenta; al pensar que dejándote en un sitio tan bueno, también tú te acordarás de mi alma.

III

No quiero cansar a mis lectores: voy a concluir lo más brevemente posible.

El día de la Virgen del Carmen fue dichoso y memorable para Ventura. Ese día ingresó en el convento, acompañada de la señora Rosa. Al dar Ventura el último beso a la señora Rosa, su madre de adopción, le dijo:

Este beso es el principio de aquel beso entrañable que pronto le daré en el cielo por toda la eternidad...

Para poco tiempo entró Ventura en el convento. Llevaba dieciséis meses, y habiendo enfermado, el médico desde el primer día le dio mal diagnóstico. Su mal era la tuberculosis, el mismo de su difunta madre.

Las monjas estaban muy tristes, pero conocían que Ventura era un ángel, y que el lugar de los ángeles era el cielo. La enferma con la fuerza del mal y con el deseo de ir cuanto antes al cielo, fue preparándose bien y acercándose a la muerte.

¡Ay! La pobre tiene una respiración fatigosa, suda copiosamente, ya no habla.

Está a su lado Fray Juan, ayudándole a bien morir... «Abranse los cielos... venga el arcángel San Miguel... vengan a tu encuentro todos los ángeles, para que te lleven al cielo», decía Fray Juan, y la enferma, abriendo desmesuradamente los ojos, con un semblante risueño comienza a hablar y dice: «¡Ah, qué hermoso coro de ángeles, ah, qué cantos tan alegres! Vienen cantando: Veni sponsa Christi, ven esposa de Cristo, ven esposa de Cristo.»

—Ya voy, sí —contesta la enferma.

Todas las monjas estaban llorando en torno suyo, y la superiora le preguntó:

—¿A dónde vas, pobre?

—¿A dónde? —le contestó Ventura—. Del País Vasco al cielo...

Estas fueron sus últimas palabras.

IV

En el cementerio del convento aparece todavía una vieja cruz de madera con este epitafio:

Aquí está sepultada
la muy querida hermana Ventura,
aquella que siempre vivió
a manera de un ángel;
pero no siendo la tierra digna
de cobijar a un ángel,

muerto el cuerpo, el alma ha ido
del País Vasco al cielo.

(Apareció en la revista *Euskal-Erria*,
1914; reeditado en *Auspoa*, tomo 5, pá-
ginas 13-23.)

EVARISTO BUSTINZA

«Kirikiño»

(1866-1929)

Nació y murió en Mañaria (Vizcaya). Cursó estudios superiores de ciencias físico-matemáticas. Ejerció el profesorado en Almansa (Albacete) y en Sigüenza (Guadalajara). Noticioso del renacimiento de la literatura vasca que a fines del siglo pasado se notaba, y llamado por Azkue para colaborar en la revista «Euskalzale», se vino a Bilbao. Efectivamente colaboró con gran aceptación en diversas publicaciones periódicas de la época. Firmaba sus trabajos con el seudónimo «Kirikiño» (erizo). El terreno en el que **Kirikiño** triunfa es la descripción de escenas de la vida vasca, de relatos y sucedidos cómicos, etc. Su lenguaje es siempre chispeante, vivo y lleno de gracia, espejo fiel de la lengua vasca hablada y popular.

De Bustinza nos han quedado dos libros que son recopilación de las narraciones y cuentos que publicaba en revistas. Ambos llevan el título consagrado de **Abarrak (Rami-llas)**. El primer **Abarrak** se publicó en 1918 y el segundo en 1930. Kirikiño ha sido uno de los autores más leídos por el pueblo.

Gracias a los esfuerzos del P. S. Onaindía, C. D. se ha recopilado en un tomo mucho de la producción de Kirikiño: **Abarrak**, Bilbao, 1966. Este tomo incluye todo lo publicado en los dos libros de 1918 y 1930 más los artículos revis-teros de Kirikiño hasta 1903. El mismo editor promete darnos otro tomo con los restantes artículos periodísticos de él.

Presentamos dos muestras de la pluma de Kirikiño.

RAMILLAS (ABARRAK)

CARNIVAL

Aparece un grupito de críos chiquitines; mejor dicho, se oculta en el hoyo de la carbonera que está dentro del terreno acotado.

—Muchachos, hoy es carnaval y debemos ir al pueblo disfrazados.

—Bien has discurrido.

—¡Eso, eso!

—¡Vivan los chicos!

¡Qué alegría por disfrazarse! De un sitio o de otro han conseguido unos trapos viejos y unos grandes papelones. Alguno, después de dar una vuelta por casa, ha traído un ovillo, sin duda robado a la madre.

Se han repartido los trapos y los papeles, después de interminables altercados. Les hacen los agujeritos para los ojos y atándolos con un poco de hilo por el cogote, se han hecho y se han vestido unas elegantes máscaras.

Después colocan la camisa por encima de los pantalones, se visten la boina y la chaqueta al revés, doblan la parte inferior del pantalón y la levantan casi hasta las rodillas..., y he ahí disfrazados a los críos chiquitines de mi pueblo.

Los de las ciudades se disfrazarán mejor que ellos; pero ninguno tendrá más alegría, aunque vistan trajes vistosos y elegantes.

¡Vaya unas carcajadas que sueltan cuando se miran los unos a los otros!

—Muchachos, mirad la camisa de éste. Pronto te reconocerán a ti, cochinillo.

—¿Acaso tú la tienes más limpia? Con esas piernas que parecen palillos...

—¡A éste la máscara no le cubre ni la mitad de la cara. Tiene una aldaba tan grande!

—¡Oye, tú, charlatán! Sábeta que no la cambiaría con ese erizo de castaña hueca que tú tienes.

—Ea, dejaos de boberías, vamos al pueblo.

—Hoy tenemos que asustar a todas las viejas.

Han metido piedrecillas en unas latas de pimienta y haciéndolas sonar se ponen por fin en marcha entre gritos y relinchos.

A la vera del primer riachuelo que encuentran en su camino, junto a una casa, hay unos utensilios de cocina que están secándose, después de haber sido lavados. Cogen de allí dos sartenes y una caldereta para producir más estruendo, y así con gran estrépito entran en la población.

Si en algún lugar divisan un gato, le lanzan piedras, profiriendo ellos mismos grandes maullidos. Todos los perros huyen al galope a las traseras de las casas o al interior de las mismas, adonde les es posible, y desde allí profieren ladridos de miedo sin cesar. Se les han reunido todos los niños del pueblo que estaban jugando cerca de casa, y prosiguen todos reunidos.

En el castañal que hay detrás del molino han capturado después un asno viejo de orejas grandes. Se ha montado uno en él y andan alegres de un sitio para otro, produciendo grandes sones y echando piedras y palos en todas las puertas que encuentran cerradas.

Todas las viejas están muriéndose de risa, contemplán-doles, con sus ojillos arrugados llenos de vida y gozo, y dejando ver en sus bocas envejecidas algún diente suelto.

Pero en esta tierra no hay gozo duradero, y aquel gozo se esfuma también muy pronto.

Sin apercibirse nadie se han acercado por un lado el molinero en busca de su asno, por otro el hombre de la casa cuyas sartenes y caldereta cogieron y que venía por ellas.

El jinete que andaba arrogante sobre el burro recibe dos grandes pescozones; y los que andan con los utensilios de cocina, y también los restantes, reciben buenos puntapiés y cachetes..., y ahí se acabó toda la alegría de los carnavales de nuestro pueblo.

Se han fugado y desparramado los niños a los extremos del pueblo. Han puesto sus vestidos como de ordinario, y se acabó todo.

Preguntadles a estos muchachos si se han divertido o no en carnavales, y os contestarán que aún tienen las costillas doloridas de tanto reír.

Ni en Bilbao ni en París ni en Niza ni en ninguna parte se han divertido más que estos pequeños.

Todavía cuando se hagan mayores recordarán las peripecias de los días de carnaval. En toda su vida recorda-

rán con gozo los pescozones del molinero y los puntapiés y sopapos del otro hombre.

La alegría no consiste en vestir de un modo o de otro, en tener mucho o poco. La alegría reside en el interior de uno, en su propio espíritu.

(*Abarrak*, 1918; pp. 56-59.)

LA SABIDURIA DE ROMANONES

Sabemos que este ministro es cojo de los pies, y en el decreto que ha dado acerca del catecismo manifiesta que es mucho más cojo de la cabeza, pues en el preámbulo de ese decreto dice: «Con la lengua de Castilla propagamos en América nuestra fe y nuestro progreso»...

Ahora mismo vais a ver, queridos lectores, cómo conoce la historia de su nación un señor ministro de España.

Carlos I de España y V de Alemania mandó que se enseñase el castellano a los indios de América, pero únicamente a los que tuvieran voluntad o deseo, y a nadie más. El ministro de hoy hubiera mandado que se enseñase a la fuerza. El gran rey Carlos parecía más liberal que este ministro liberal.

Pero Felipe II y Felipe III, hijo y nieto de aquél, conociendo mejor la idiosincrasia y necesidades de los indios, mandan que a éstos se les enseñe el catecismo en su lengua, no en castellano.

«El medio más necesario para enseñar y proponer la doctrina cristiana y para que los sacerdotes administren los sacramentos es el conocimiento de las lenguas de los indios.»

Fundándose en esta clara verdad, Felipe II mandó que se estableciesen cátedras en Méjico, Quito y en las Universidades de las grandes ciudades, para enseñar las lenguas de allí, diciendo: «Rogamos y decimos a los Arzobispos y Obispos de nuestras Indias que no permitan a los frailes enseñar la doctrina o tener cura de almas, sin haber inquirido y averiguado previamente, ya por medio de su Obispo o por hombres nombrados al efecto, si son capaces para este menester y si conocen el idioma de los indios, a quienes deben enseñar la doctrina e impartir los sacramentos... y que este mandamiento lo cumplan los

que enseñan la doctrina, aunque sean Superiores de conventos, y que no se les tome en consideración ningún pretexto»...

Y Felipe III, siguiendo el mismo camino, decía: «Mandamos que no sea maestro de doctrina fraile alguno que no sepa el idioma de los indios a quienes ha de enseñar; y para eso los que son llevados a las Indias aprendan con suñno empeño.»

Estas órdenes y otras muchas, en las que se decía que se guardaran las leyes y costumbres de los indios, son las que introdujeron la fe y el progreso, no como dice el ministro cojo, por medio de la lengua de Castilla, y mucho menos por medio de las violencias que hoy ejercen los castellanos.

¡Y quién lo dijera! Cuando doscientos años más tarde los pueblos de América se levantaron contra España, ¿quiénes fueron los leales? Los indios, los que no sabían hablar en castellano, los que habían guardado sus costumbres y su idioma, ellos eran los que ayudaban al ejército español; los que hablaban castellano, los hijos de españoles, o por lo menos de su ascendencia, eran los peores y los que mostraban mayor rencor.

Todos dicen que la historia es maestra para la vida de los pueblos, y así es; pero no aquí, donde tenemos en los altos puestos de mando cabezas huecas como la de Romanones.

(*Semanario Ibaizábal*, 7-12-1902; véase *Abarrak*, 1966, pp. 299-300.)

GREGORIO DE MUGICA **(1882-1931)**

Nació en Ormaiztegui (Guipúzcoa). Hizo estudios en Vergara y en San Sebastián, obteniendo el título de perito industrial y de ingeniero mecánico. Destacó como orador en euskera en campañas de propaganda euskerista. Pronunció discursos en lengua vasca en multitud de localidades con ocasión de las fiestas éuskaras. Fue secretario de la sociedad «Euskal Esnalea» (El despertador del vascuence), que publicaba una revista del mismo nombre, más una biblioteca

euskérica con ediciones de autores viejos y modernos, organizaba ciclos de conferencias en vasco, concursos de trabajos históricos y literarios, etc.

El mismo publicó varias monografías históricas. Fue además periodista notabilísimo, tanto en castellano como en vascuence.

Además de los trabajos dichos, Gregorio de Múgica publicó un librito, muchas veces reeditado, en que se recogen las anécdotas y ocurrencias de Fernando de Amézqueta, muy celebradas entre la gente campesina de Guipúzcoa. Fernando de Amézqueta fue ciertamente personaje histórico, bersolari, especie de bufón, socarrón y autor de calaveradas inocentes.

El P. Antonio Zavala, S. J., en el tomo 54 de la colección Auspoa, ha podido allegar multitud de noticias sobre el mismo, recopilar sus versos y sus anécdotas, tomándolas de diversas fuentes. En la colección Vardulia apareció también la traducción castellana de estos cuentos, hecha por Fr. P. Zavala, O. F. M.

EL CERDO DEL PARROCO

También entonces, como todos los años, el señor párroco de Amézqueta mató el cerdo. Pero era pequeño, y si, en conformidad con la costumbre, hubiera empujado a repartir morcillas de casa en casa, se hubiera quedado sin nada para él. Y el no repartir lo hubieran tomado a mal en el pueblo. Cavilando sobre el particular, llamó a Fernando y le dijo lo que le pasaba.

—Eso tiene remedio fácil, señor párroco.

—Veamos cómo...

—Ese cerdo pequeño que ha matado colóquelo junto a la puerta que está cerca de la huerta, a fin de que todos lo vean.

—Bien.

—Y mañana diga usted que se lo han robado.

—¡Caray! No está mal... No está bien que un cura diga una mentira, pero... se trata de cosa menuda, y así lo haré...

Según lo dicho, colocó el cerdo junto a la puerta que está cerca de la huerta. Y por la noche el mismo Fernando lo robó.

A la mañana siguiente, cuando el párroco vio que no estaba allí el cerdo, apurado llamó a Fernando, y le dijo:

—Fernando, ¿no sabes lo que me ha pasado! ¿Sabes que esta noche me han llevado el cerdo?...

—Así, así. Así debe usted decir: que se lo han robado.

—Que no es mentira, Fernando. De veras me lo han robado.

—Así, así. Manténgase en sus trece. Si así lo hace, todos se lo creerán.

A fuerza de decir, hasta Fernando se convenció al fin.

—Si es así, señor párroco, que sea mi casa la primera en ser registrada.

—No, hombre. Yo no sospecho de ti.

—No importa. Quiero que se miren todos los rincones de mi casa.

Y los miraron. Anduvieron por todas partes, arriba y abajo, pero no apareció el cerdo.

No era fácil, pues estaba bien escondido. Lo tenían en la cuna del niño, metido en el jergón; el niño estaba llorando en la cuna y la mujer de Fernando cantando, mientras mecía la cuna. ¿A quién se le iba a ocurrir mirar en el interior de la cuna, debajo del niño?

Mas llegó la cuaresma, y al confesarse había que decir todo al cura. Se lo dijo, en efecto, y el párroco, ante la satisfacción que procura el saber la verdad, se lo perdonó todo al ocurrente Fernando.

(Pernando Amezketarra, n.º 17.)

MIGUEL DE UNAMUNO (1864-1936)

El célebre Rector de la Universidad de Salamanca es el creador de una especie de «leyenda negra» en torno al vascuence. La mentalidad de muchos intelectuales (tanto de dentro como de fuera del país) ha estado imbuída en este punto por ideas y argumentos tomados del armamentario unamunesco.

Unamuno nació en Bilbao. No habló el vascuence en su niñez. En su juventud decidió estudiarlo, aunque no llegó a

manejarlo sino muy imperfectamente y sólo por escrito. Bajo este aspecto es un caso similar al de Sabino Arana. En esta época de su juventud llegó a redactar algunos pequeños trabajos y poesías en esta lengua que muestran bien a las claras lo que decimos, a saber, el deficiente conocimiento que de ella tenía, y el torpe y dificultoso manejo que hace de la misma. En 1888 Unamuno se presenta a oposiciones para una cátedra de vascuence en el Instituto de Bilbao. No gana la plaza. Posteriormente se convence de que su porvenir personal no está en el vascuence, sino en el castellano. En su extensa producción castellana (lo mismo que en sus clases de griego) se ocupará con frecuencia del vascuence. Unamuno sostiene que el vascuence es una lengua intrínsecamente inepta para servir de vehículo a la moderna civilización; que por lo tanto el país debe apresurarse a abandonarlo. Afirma que el vasco se muere sin remedio, por ley de vida, sin que exista fuerza humana capaz de revitalizarlo. La causa de su extinción sería de orden intrínseco, o sea, su misma ineptitud o incapacidad para expresar las realidades de la compleja civilización moderna. Ridiculiza los esfuerzos de los aranistas que pretenden «galvanizar» la lengua, creando terminachos artificiales para expresar las ideas nuevas. Toda lengua —dice Unamuno— se renueva tomando elementos de fuera; el vasco no lo puede hacer sin degenerar en jerga. Otra muestra de su inferioridad congénita sería la complicación de su gramática. Por todo ello, los vascos deben imitar a los salvajes, que dejan sus flechas por el Mauser, es decir, deben dejar el vasco por el castellano...

En Unamuno tenemos la antítesis de los apologistas en que tan pródigo fuera el país. Los apologistas del vascuence (Echave, Garibay, Larramendi, Erro, Astarloa, etc.) descubrían en esta lengua no sé qué perfecciones intrínsecas, fijándose en el admirable concierto de su gramática. La denominaban «lengua filosófica», etc. Unamuno vendrá a emplear casi los mismos argumentos para probar todo lo contrario. Pero si las razones alegadas por aquéllos valen poco para ensalzar la lengua vasca, tampoco las de éste valen para desvalorizarla. Científicamente no cabe hacer discriminaciones entre lenguas superiores e inferiores; lo más que se podrá decir es que las circunstancias históricas han favorecido más a unas que a otras.

El articulito que traducimos se publicó en la revista «Euskal-Erria» XIX (1888), pp. 299-300, y fue luego incluido en las Obras Completas de Unamuno, ed. Afrodísio Aguado, t. VI, pp. 243-245. Nuestra traducción es más o menos aproximativa, pues tal como está, con su sintaxis totalmente extraña al vasco, tiene pasajes ininteligibles.

¡TE SALUDO, ARBOL BENDITO!

En invierno se marchita el árbol. Las hojas caen a sus pies, y allí sirven para dar fuerza a las hojas nuevas que saldrán en la primavera.

Lo que es la imagen para el cuerpo, eso es la lengua para el espíritu. Nos arrebataron las Viejas Leyes, siendo como eran nuestra vida; pero si guardamos nuestra alma euskaldun, de aquí surgirán de nuevo los Fueros, surgirá el sol de la justicia en una primavera perdurable.

En euskera hablaban los abuelos de nuestros abuelos. Aquellos hombres vinieron, no sabemos de dónde, vestidos de pieles, armados con hachas de piedra, para trabajar en paz en esta tierra dura. Posteriormente a ellos vinieron los iberos, los celtas, los romanos y los árabes: cada uno de ellos trajo su lengua, pero sucumbieron frente a Vasconia. Los dulces sonidos del euskera se dejaron oír en los países de Terranova antes del nacimiento de Colón.

Te saludo, árbol antiguo, regado con la sangre de los hermanos y el llanto de las madres, pero bendecido por la mano de Dios, roble amado, que hundes tus raíces en esta tierra, amasada con los corazones de gentes honradas: ¡guárdanos a todos bajo tu sombra!

Te saludo también a ti, Guernica, el mejor de los pueblos, pueblo santo para todos los vascos, por hallarse en ti el árbol santo: si amado eres entre los vascos, yo te amo aún más que ellos, porque en ti he realizado los sueños más felices, he pasado día más sabroso que la miel, y porque en ti se halla el nido donde reposa lo más íntimo de mi corazón!

¡Os saludo también a vosotros, mis queridos hermanos! El tiempo venidero será mejor. ¡Tras el oscuro invierno suele aparecer la primavera!

Hasta ahora te han dicho: ¡Adelante! Pero la copa de nuestro árbol, que se levanta hasta el cielo del Dios que hizo nuestros montes de hierro, está mostrándonos el cielo, como diciendo: ¡Arriba, siempre arriba!

Vasconia comienza aquí, pero terminará en el cielo.

TORIBIO ALZAGA (1861-1941)

Nació y murió en San Sebastián. Su padre era carpintero, pero el hijo, casi desde niño, se dedicó al teatro vasco, y nunca conoció otra profesión. Siendo de edad de 13 años, y hallándose exilado en el vecino país vascofrancés, tomó parte en la representación de un juguete cómico de Soroa. Vuelto a San Sebastián, ayudaba a éste en las representaciones teatrales, y ya a los 27 años empezó a destacar como comediógrafo. Fue Maestro de la Academia de Lengua y Declamación Vasca, y profesor de lengua vasca; con él ensayaban los grupos que tenían que salir a las tablas... etc. Como en San Sebastián no le dejaban tiempo libre, cuando quería escribir alguna comedia se retiraba a Aizarna.

La lista de obras teatrales que escribió, tradujo o adaptó T. Alzaga consta de unos treinta títulos. Entre éstos se cuentan **Ramuntcho**, de Pierre Loti, la ópera **Chanton Piperrri** (con música de Zapirain), etc. La colección Auspoa en sus tomos 6 y 29 ha reeditado varias de las piezas teatrales de T. Alzaga. Alzaga ha sido sin duda el alma del teatro vasco durante muchos años. Fue también director de la revista «Euskal Erria».

En cuanto a sus clases de vasco, un discípulo suyo, Raimundo Herrero Tornadijo, las ha publicado después de la muerte de Alzaga, con el título: **Estudio Elemental de la Gramática Vasca**.

Sobre Toribio Alzaga y el teatro vasco en general, puede consultarse Antonio Labayen, «Teatro Euskaro», 2 vols., San Sebastián, 1965.

Traducimos el principio de la comedia titulada **Burruntziya (El Asador)**.

EL ASADOR (BURRUNTZIYA)**I****MAÑAXI y COSME**

(*MAÑAXI es un ama de casa. Tiene 48 años; rostro duro y lenguaje duro. Ostenta unos anteojos grandes. Sentada en un taburete pequeño, se ocupa en remendar unos pantalones. COSME está de pie junto a ella. Es un chico joven, de 23 años.*)

COSME.—¿De modo que persistes en la negativa?

MAÑAXI.—Persistimos en la negativa.

COSME.—Con lo que yo amo a tu hija...

MAÑAXI.—Para posesionarse de la mujer no basta con eso.

COSME.—Yo vería con sus ojos.

MAÑAXI.—También querrías comer con su boca; y eso es lo que nosotros no podemos consentir.

COSME.—Mañaxi...

MAÑAXI.—No ganas ni para ti, ¿y quieres mujer?

COSME.—Todo el pueblo sabe que cubro mis necesidades con mi trabajo.

MAÑAXI.—No lo sé. De los bienes que te dejaron los padres no creo que te quede gran cosa.

COSME.—Me queda un asador.

MAÑAXI.—Muy bien. Y claro, ahora necesitas que mi hija te lleve el pollo para asarlo en ese tu asador.

COSME.—Yo no te pido ningún pollo. Sólo te he pedido la hija.

MAÑAXI.—Pues sábetelo que no obtendrás ni una ala, ni una pluma.

COSME.—Ni lo necesito. Tú bien sabes que si me he visto en la precisión de echar mano de los bienes dejados por los padres, ha sido porque he estado enfermo largo tiempo. Tú bien sabes que mientras tuve salud, conservé fielmente la herencia paterna. Y desde que me he curado, me defiende con mi trabajo. Tú lo sabes.

MAÑAXI.—Lo que yo sé es que no tienes más que un asador. Y no me parece que para pedir la mano de una joven sea eso bastante.

COSME.—No ofrezco sólo el asador. También ofrezco un corazón.

MAÑAXI.—Pues ponlo en el asador. Veremos a ver qué clase de comida preparas para mantener la familia.

COSME.—Tú sí que me metes el asador, Mañaxi, con tus punzantes salidas.

MAÑAXI.—La verdad siempre es punzante.

COSME.—También lo que me solías decir antes sería verdad, pero no era tan punzante. Entonces tú misma me ayudabas en los proyectos que abrigaba para con tu hija.

MAÑAXI.—Pero es que entonces tenías algo más que el asador.

COSME.—Vamos a ver: ¿quieres casar a tu hija conmigo o con mis dineros?

MAÑAXI.—Contigo, mientras eras dueño de los bienes que te dejaron tus padres. Pero como ahora ya no tienes más que un asador...

COSME.—Es verdad, no tengo más que un asador. Mi madre, no sé por qué, lo tenía en gran estima y afecto. Solía decir que provenía de los antepasados de los antepasados. Por lo tanto, no debe de ser cualquier cosa. Sea lo que fuere, te he dicho la verdad: no tengo otra cosa.

MAÑAXI.—Dejado por los anteriores o por los posteriores, eso es un asador y nada más. Y yo no tengo a mi hija para que se case con un asador.

COSME.—Lo que yo te he pedido es que se case conmigo, no con el asador.

MAÑAXI.—Es lo mismo. Te miro a ti... y no te veo más que un asador.

COSME.—Porque no te da la gana. Bien claro te he manifestado mi lealtad, mi laboriosidad, el cariño que tengo a tu hija...

MAÑAXI.—Bah... bah... palabras inútiles. Naderías. Todas esas cosas no sirven para dar condimento al puchero.

COSME.—El puchero no sólo necesita condimento; también necesita sustancia. La sustancia de los casados es su fidelidad y amor mutuo.

MAÑAXI.—Ya. Esa sustancia no es más que una longaniza ilusoria.

COSME.—¿Te parece una longaniza?

(*Burruntziya*. Colec. *Aspoa*, n.º 29, páginas 11 y ss.)

RESURRECCION MARIA DE AZKUE (1864-1951)

«Gran testamentario de la tradición popular de los vascos», le ha llamado D. Antonio Tovar. En efecto, Azkue ha llevado a cabo una ingente labor de recogida de cuanto se refiere a la lengua vasca, tradiciones, música, folklore, literatura popular, etc., del pueblo vasco.

Nació en Lequeitio (Vizcaya), siendo hijo de otro insigne cultivador del euskera, Eusebio. Cursó estudios en Lequeitio, Bilbao, Vitoria y Salamanca, ordenándose de sacerdote. En 1888 ganó por concurso la cátedra de vascuence en el Instituto de Bilbao. En 1918, al crearse la Academia de la Lengua Vasca, fue elegido Presidente de la misma, cargo que ocupó hasta morir. En 1927 fue elegido también académico de número de la Española.

Trabajador infatigable, publicó mucho durante su vida, pero sus obras principales son cuatro: 1. **Diccionario Vasco Español Francés**, 2 vols., 1905. 2. **Cancionero Popular Vasco**, Barcelona, sin fecha, 11 tomos. 3. **Morfología vasca**, Bilbao, 1925. 4. **Literatura Popular del País Vasco**, 4 vols., Madrid, 1935-1947.

En el campo propiamente literario la producción de Azkue ha sido también abundante, aunque en este terreno no alcanza la talla que le corresponde en el campo lexicográfico, folklórico, etc. Por lo demás, escribió un poco de todo: novelas, teatro, literatura religiosa, artículos revisteros, etc.

En 1891 publicó Azkue su voluminosa **Euskal Izkindea o Gramática Euskara** en texto bilingüe (vasco y castellano). Posteriormente el propio Azkue considerará esta obra como un pecado de su juventud, por cuanto que las formas verbales que en ella se usan han sido obtenidas artificialmente

por el autor en un intento por restituir a la lengua su unidad original.

Tomamos un trozo de la Introducción de esta obra.

En 1968 ha aparecido en Bilbao (La Gran Enciclopedia Vasca) un tomo con cuentos y reportajes escritos por Azkue. Dicha compilación reúne los trabajos de Azkue que aparecieron en el semanario «Euskalzale», creado, dirigido y escrito en gran parte por él. «Euskalzale» se fundó en 1897 y vivió tres años. Como dice el P. Onaindía, autor de la compilación, tal vez los trabajos más frescos y literariamente más bellos de Azkue son los que salieron en esta y otras revistas por aquellos años cuando escribía sobre temas amenos y poco complicados en su dialecto nativo. Ofrecemos también un trozo de uno de estos cuadros o artículos literarios.

GRAMATICA EUSKARA (EUSKAL IZKINDEA)

Muchos dirán que mi método es *sui generis* y raro. El mismo euskara es lengua *sui generis* y que debe ser enseñada con un método especial y exclusivamente suyo.

He de manifestarla en cuatro partes: en la primera la Prosodia, en la segunda la Ortografía, en la tercera la Aglutinación, y la Sintaxis o Mutuación en la cuarta. Por qué deba dividirse de este modo su estudio se expondrá dentro del libro; desde el atrio, aun estando abierta la puerta, no se pueden ver las cosas interiores exacta y menudamente.

En euskara hay dos especies de lenguas: el mismo euskara con sus dialectos, y el vulgar; euskara castizo e impuro. Aquél es uno dotado de cuatro o cinco caras, el otro es de mil modos. Yo en lo posible regularé y manifestaré el castizo.

Para esto los modismos comunes se tendrán por euskaros; los particulares por euskarizados, cuando pisotean la regla.

Cuando acerca de una cosa vea dos usos opuestos, después de analizar uno y otro lo más exactamente que pueda y dejando el irregular, manifestaré siempre por euskaro el uso regular. De lo contrario cuantos pueblos

tantos modos de euskara (muchas veces cuantas casas) deberían enseñarse. Lo mismo ha sucedido con todas las lenguas que se han escrito poco.

Los *usos ciegos* (o rutinarios) si son torcidos no los tendré por euskaros, sobre todo habiendo sido aplicados a nuestra lengua de alguna otra. Por esto rogaré a todos los lectores que hasta saber que las nuevas enseñanzas de este libro son faltas de verdad no las desprecien; y que antes de dar su sentencia atiendan a las razones. Si no les llena el ojo o cuando no vean en ellas más que semejanza de verdad, no tengan compasión a las enseñanzas; pero si son verdaderas, la verdad es siempre verdad, bien cuando salga de cabeza de sabio, bien aun cuando sea expuesta por escritor que no tiene más que buen deseo.

En otras lenguas está tomado por refrán que no hay reglas sin excepciones; en el prodigioso euskara el refrán que le sustituye es que no hay regla dotada de excepciones.

(*Euskal Izkindea* (Gramática Euskara);
Introducción, págs. VIII-IX.)

SIMON, EL HOMBRE RECTO

¿Quién se alegra más que nosotros, cuando tiene que dar a conocer su pueblo natal, su día natal y aun su mismo nacimiento? Los hombres rectos, al igual que los elefantes, van disminuyendo. Y es de temer que antes de que pasen muchos años, no quede vivo más que alguno que otro. Mimémoslos y agasajémoslos mientras viven, para que después que mueran no nos pese el no haberlo hecho.

Simón, si la mentira no se ha alojado en nuestras orejas, de joven quedó sin padres. Bajo el regazo de una tía se crió muy dócil, humilde y fiel. Muchos suelen ser dóciles, humildes, fieles, obedientes, callados..., en una palabra buenos, porque no pueden ser malos. ¿Quién se extraña de que el agua de los cenagales sea siempre mansa, suave, quieta, siempre pacífica, sabiendo que no puede encrespase, encabritarse ni crecer ni levantarse?

La calma, la paz y sosiego de las aguas del mar, esa es la que en verdad cuenta.

Si nuestro Simón hubiera sido, como otros muchos, tibio, indolente, apocado, nadie se hubiera admirado de su docilidad: era vivo, sanguíneo, brioso, nervioso, aunque no lo parecía. Sin cumplir los dieciséis años dejaba asombrados a los jugadores de bolos de los barrios, cuando en las tardes de los días festivos, cimbreada la cintura, lanzaba la bola y hacía sonar a los bolos de un lado por el choque con los del otro con un chasquido semejante a las castañuelas de los bailarines andaluces. Por ver jugar a los bolos a Simón, más de cuatro y cinco veces en cada fiesta (eso lo sabemos nosotros) los ancianos jugadores de mus se levantaban de la mesa de juego.

Los barrios pocos años suelen vivir sin pependencias, y cuando surgen éstas, tanto los de un lado como los de otro, si no de palabra, se acuerdan de los campeones más diestros que posee cada uno. Si se trataba de boleadores y azuzadores, en cualquier cabeza surgía el primero Simón.

Para la danza siempre fue retraído y desganado. Danza con chicas sólo había una vez al año en aquel pueblo: el día de San Juan. Si no fuera por eso, ya hubiera aprendido a danzar, aunque tuvieran que enseñárselo las chicas. En la mañana de San Juan, sea para delantero o sea para postrero en la danza, durante diez años le sacaron sin interrupción. Y la verdad sea dicha: para el segundo año se le ocurrió que le tenían que sacar a él en la danza: y aunque no era amigo de ella, no por eso hurtaba su persona cuando el tamboril comenzaba a sonar para el auresku. Si en aquel pueblo hubiera existido esta costumbre que en ninguna parte existe, a saber, que sean elegidos para delanteros y postreros en la danza los chicos más feos, entonces Simón hubiera huido como los murciélagos al amanecer; pero, aunque al leer esto se le encienda la mejilla, digamos la verdad: era un joven apuesto, atrayente, y por lo menos una vez por semana oía de boca del barbero, después de recibir un buen palmetazo en el cogote: «No hay un chico como tú, ni debajo de levita.»

* * *

¿Quién lo creyera? Si la tía no le hubiera concertado el casamiento, hubiera sido a manera del sol, que nace,

crece y envejece hermoso, para estar siempre solo. La tía lo casó en la casería más amplia y alejada del pueblo.

En las bodas de antaño, los casados ni pensaban en salir del pueblo; pero en las actuales, aunque se trate del caserío más insignificante, ya en los días de noviazgo con gran antelación empiezan los jóvenes a mirar lejos. Su primer vuelo suele ser con frecuencia signo cierto de la abundancia o cortedad del bolsillo. Bilbao, San Sebastián, Vitoria, Pamplona..., aun sólo por golosos suelen llegar hasta aquí los recién casados. Para tomar el camino de Barcelona y Lourdes, el marido tiene que usar sombrero, y por lo menos dos veces por semana, encima del cocido, la suegra les preparará algún que otro principio. París, Roma, Londres...: cuando van ahí es que al bolsillo no se le halla fondo fácilmente.

(*Ipuñak*, Bilbao, 1968, pp. 222-224.)

EULOGIO BENGÓA, O. F. M.

«Akordagoitia»

(1873-1952)

Nació en Ereño (Vizcaya). Pasó su infancia en Rentería, barrio de Guernica. Ingresó en la Orden Franciscana, donde adoptó el nombre de Eusebio. De la Provincia de Cantabria pasó a la de Andalucía. Hecho sacerdote en 1901, fue de Misionero a China. Desde allí escribió numerosas crónicas y reportajes sobre el celeste Imperio, que se publicaron en la revista «Euskal-Esnalea». Por ciertas discrepancias de criterio con los superiores eclesiásticos, hubo de abandonar la misión y volverse a la Provincia, donde ocupó el cargo de Secretario Provincial. Murió en Sevilla.

Según se lo oímos a él mismo, cuando se produjo el cambio de ortografía en las publicaciones vascas, automáticamente dejó de escribir. No podía ver sus artículos vestidos con la nueva vestimenta.

El nombre «Akordagoitia» con que firmaba sus trabajos, es su segundo apellido.

NUEVAS DE CHINA

¿COMO ES CHINA? ¿QUE ES LO QUE CREEN LOS CHINOS?

¡Vaya una preguntita! ¡No es fácil contestar a ella! Tiene que ser uno hábil para poder explicar las creencias de aquí a quien no conoce esto.

Por ganar cuatro blancas más, éstos te creerán todo lo que tú quieras.

En balde preguntarás al sabio de China cómo se originaron el cielo y la tierra, cuál es el origen del hombre. En balde registrarás las bibliotecas, en balde leerás las historias.

En ellas no encontrarás acerca del comienzo del mundo más noticia que la que en otra ocasión dije, a saber: que Paku partió y dividió el cielo y la tierra; y que al principio él fue el primer jefe en la tierra. Pero todavía falta saber si tenía a quién mandar.

Y tampoco se sabe qué origen tuvo este mismo jefe-cillo. Por eso se le llama con el apelativo de Señor originario del caos o de la confusión.

En la mayoría de los libros de historia, en la primera página, se encuentra la imagen de este cacique. Es un robusto barbudo, medio desnudo; no lleva en el cuerpo más que una faldilla corta de hojas (como las chicas bailarinas lascivas de las comedias verdes) y un collar también de hojas; le representan en medio de un gran pozo, metido en el agua hasta las rodillas, con una hacha, como queriendo destrozar algo.

Acerca del origen del mundo no preguntéis a éstos nada más.

¿Y cómo ha de ser el fin del cielo, de la tierra y de lo demás?

No creo que los paganos de aquí hayan oído tan siquiera que alguna vez hayan de tener fin.

Sin embargo, esperan en el Juicio Final. He aquí una hermosa sentencia, muy digna de atención, que supone esta esperanza:

San yeu san pao

Go yeu go pao

Pu se pu pao

Or tse uei tao.

Que traducido quiere decir:

Premio bueno tendrá el bueno
Premio malo habrá para el malo,
Nadie quedará sin retribución...
Aún no ha llegado el día.

Pero ¿quién es el que ha de dar ese premio, y de qué naturaleza han de ser los premios, tanto el bueno como el malo?

Dicen que el premiador o juez es el cielo, o el anciano del cielo.

El premio no es la gloria del cielo, ni el fuego del infierno, sino el ser feliz o desgraciado en la vida futura.

Por vida futura no entienden la del otro mundo, sino la de este mismo mundo. Recibir el buen premio es volver a nacer y ser un gran mandarín.

Y el premio malo consiste en nacer de nuevo para estar siempre cavando en el campo con las nalgas al aire, o para andar siempre abrumado de trabajos y tribulaciones. Y lo que es aún peor, para que sus almas transmigran al cuerpo de algún burro o de otro animal.

* * *

Aparte de esto, dícese que en China hay tres religiones. Así dicen aquí: San Kiao.

—¿A qué viene ese «dícese»? ¿Tantos años ha que estás ahí, y todavía no sabes con certeza cuántas creencias hay? —preguntarás tal vez.

Cállate, tú no sabes lo que pasa aquí. Por ventura pensarás que los individuos de todo el mundo tienen cada uno su creencia, como los cristianos la de Jesucristo y los moros la de Mahoma. Pero estás equivocado. Al menos en China no se conoce tan claramente qué es lo que cree cada cual.

Cualquiera te diría que aquí hay tres religiones: la de Confucio, la de Buda y la de Laotse.

En las relaciones cotidianas dirías que todos son seguidores de Buda y de Laotse; pero pregunta a cualquiera a ver de cuál de las tres religiones es él, y al punto te contestará sin vacilar: Yo soy de la de Confucio.

¡Semejante mezcolanza no la ha visto nadie!

Otro día empezaré a desembrollar esta madeja.

Y veréis que no hay ninguna contradicción en que un individuo esté guapamente en tres religiones, como la vieja que está sentada en la criba tomando el sol.

(De *Euskal-Esnalea*, julio 1916, pp. 177-179.)

JUAN GARBIZU SALAVERRIA

«Zubigar»

(1893-1930)

Nació en Lezo (Guipúzcoa).

Publicó muchas poesías en las revistas vascas de la época, singularmente en «Zeruko Argia», «Euskal-Esnalea» y «Arantzazu». Al cruzar la vía fue atropellado por el tren, muriendo a consecuencia de las heridas recibidas. Vivía en Pasajes Ancho y trabajaba en las oficinas de la fábrica de aluminio de la Real Compañía Asturiana, de Rentería.

LA TRAVESIA

Nací en primavera,
vivo en verano...;
me viene el otoño...,
moriré en invierno.
Y si alguna agría tormenta
me sobreviene cruel,
en el mismo verano el cuerpo
se reducirá totalmente a polvo...
Me alejaré por completo
de esta tierra,
pero aunque muera aquí,
no me he extinguido...
La muerte no es
más que un puente,
para que por él pasemos
hacia la otra vida...
Dos países toca
este puente pequeño:

«Efímero» por este lado, y
 «Eternidad» por el otro.
 No hay ni un paso de distancia
 del puente para allá;
 pero el que aquí fue malo
 ¡sufre un resbalón...!
 Si me presento culpable
 ante el guardián del puente,
 me volverá ciego total
 y entenebrecido, ¡qué aflicción!...
 Entonces resbalaré,
 caeré a la sima de fuego,
 y allí he de vivir
 siempre padeciendo...
 Antes que sea enterrado
 mi cuerpo corruptible,
 allí estaré para siempre,
 viviendo por siempre...

 Limpia... limpia el alma
 es preciso tener,
 si después de pasar el puente
 quiero descansar feliz
 en la otra vida.

(De *Euskal-Esnalea*, 1927, pp. 137-138.)

FERMIN IRIGARAY

«Larreko»

(1869-1949)

Nació en Burguete (Navarra). Hizo sus estudios en Madrid. Fue médico cirujano en Vera de Bidasoa, en Irurita, y por fin en el Hospital Provincial de Pamplona, del que fue director. Escribió en muchas revistas vascas de la época. En la antología o compilación publicada en 1958 por Angel Irigaray (hijo de «Larreko») con el título **Prosistas Navarros contemporáneos en lengua vasca**, figuran varios artículos de este autor. En español publicó **Guía médica del intérprete**

de milagros y favores, editado en Espasa Calpe en 1949, con prólogo de Marañón.

«Larreko», al igual que otros cultos, sólo tardamente empezó a interesarse por el vasco. A fuerza de oír con atención a los vasco-hablantes (preferentemente a los lugareños), y tomándolos por maestros, fijándose con regusto en los idiotismos y modos de decir castizos de la gente euskaldun, supo enlazar por buen camino el aprendizaje de la lengua. En sus artículos trata con frecuencia de temas de medicina general en plan de divulgación. Firmaba sus trabajos vascos con el seudónimo «Larreko» (Campestre).

EL DIA DEL LIBRO

También los libros, como muchas otras cosas actuales, tienen su día o semana. Llaman el día del libro a ese día que cada año escogen los cultos para ensalzar u homenajear al libro, reuniéndose en centros docentes y otras sociedades, tomando como tema los bienes que el libro reporta.

Lo hacen sobre todo con este designio: quisieran dar a conocer el gran valor del libro; hasta dónde llega su influjo y hasta dónde debería llegar, a fin de propagar a todas partes sus buenos efectos.

Como quiera que los vascos nunca hemos sido amigos de los libros, deberíamos ver si en realidad es verdad que los libros tienen tanto influjo y valor como dicen.

¡Ciertamente, abundan los libros!

En esta última época se escriben libros a porrillo; pensando que tenemos gran necesidad de ellos. Mas ¿todos los libros que editan son, por ventura, tan necesarios?

No lo creo, y muchos otros tampoco lo creen. En esto, como en otras muchas cosas, andamos desviados, pues parece como si todos estuviéramos para escribir libros.

Lo libros se hacen o para divertir al lector o para enseñarle algo, o para ambas cosas a la vez: mientras se le divierte, de paso se le enseña.

De los libros que se hacen para divertir, ni la mitad de la mitad son buenos. Entre éstos están los que, divirtiéndolo, enseñan a emplear el idioma como se debe, los que enseñan a hablar bien. Si no tienen fondo malo, éstos

nos hacen falta. Para dominar una lengua no hay mejor camino que escuchar a los que la saben bien.

En los otros libros lo que principalmente pretenden sus autores es comunicarnos algunas enseñanzas. También de estos libros hay copia. En cada ramo de la ciencia sabe Dios cuántos se editan. Aunque de lo que se publica de otros ramos estoy poco enterado, algo sé de lo que pasa en el ramo de la Medicina.

También aquí andamos fuera de medida. Se escribe demasiado. Con frecuencia los autores no poseen ese sentido de la medida, que es preciso tener. No están preparados para escribir como se debiera.

¡Y qué libros son los que dan a luz!

No hace mucho, estando yo en Madrid, le oí lo siguiente a un profesor de allí.

Preguntaba a un alumno suyo, y no obtenía ninguna respuesta derecha. Dándose cuenta de que no estaba el alumno capacitado o instruido, le dijo y nos dijo:

«Estáis siempre estudiando en esos libros gordos que tenéis. Con leerlos no sólo perdéis el tiempo, sino que os entontecéis. Para entontecerse, no hay como alimentar los espíritus con esos libros que maneáis. Para no aprender eso que es debido, no lleváis mal camino.»

No se puede negar que esto es verdad muchas veces, pero también puede ser que haya algo de exageración en las palabras que acabo de transcribir.

Yo no sé por qué nos han de dar oscuramente y en doscientas páginas lo que puede decirse claramente en dos o tres. ¡Santo Dios! ¡Cuánto trabajo inútil en esos librotos que no se pueden aguantar! ¡Cuánto tiempo nos hacen perder, leyendo y estudiando semejantes libros!

Gracias a la edad, algo he aprendido, y muchas veces me he dicho para mis adentros: «¡Cuántas palabras para no decir nada!»

¿Quién es el tonto? En opinión de un amigo mío, aquel que en muchas palabras no dice nada.

Lo mismo deberíamos decir si tuviéramos que hablar de algunos libros de ahora o de nuestra época. Lees y lees, y al fin te quedas como antes, sin luz, sin enseñanza.

Los vascos no hemos pecado en esto: si somos cortos en palabras, en escribir libros nos hemos mostrado más cortos todavía, si ya no es que hemos caído en ese defecto después de castellanizados.

Sin embargo, no es mi intención el justificar a los vascos, sino el decir la verdad. En los trabajos que hacen los vascos se advierte siempre la sustancia por todos los lados. Decididamente, al vasco no le gusta la paja.

En mi criterio, estaría capacitado para hacer libros aquel que ha pasado muchos años estudiando, observando y trabajando bien.

Fuera de esto, si uno es de mente preclara para ver las cosas como son, este tal sí podría hacer algo de provecho. La mayoría de las veces, las enseñanzas buenas e interesantes se dan en libros pequeños más que en los grandes. Lo bueno no se da nunca en los grandes acervos.

Yo pienso que lo que he visto y aprendido en toda mi vida podría darlo en un libro pequeño.

(De *Euskal-Esnalea*, noviembre, 1928, páginas 205-207.)

JOANNES D'ETCHEBERRI

Si hubiera de decir la verdad tal como es, debería cubrirme de sonrojo.

Pero la verdad no tiene semejante ni tampoco vergüenza.

Os diré, pues, que en estos días y por primera vez acabo de leer el libro que escribió hace doscientos y más años el médico doctor de Sara Joannes d'Etcheberri. Libro titulado *Los Principios del Euskara*.

Al señor Urquijo somos deudores de ver este libro en nuestras manos. Desde hace mucho tiempo, el vascuence y los vascos debemos muchísimo a este sabio señor: pocos conocen los libros vascos antiguos tanto como él, y tan expresa y detalladamente como él.

Este de ahora también se lo debemos enteramente a él. De lo contrario, si este señor no lo hubiera sacado de

la sombra, hubiera tenido que seguir en el convento de los Franciscanos de Zarauz.

Los Principios del Euskara no es un libro vasco cualquiera, sino excelente, sustancioso por el fondo y hermoso por la forma, escrito en un vasco puro y bonito.

Innumerables veces he oído decir que no tenemos libros en vascuence; que los vascos cultos de antaño, lo que necesitaron o quisieron escribir, lo hicieron en castellano.

Ciertamente. Entonces, como ahora, los vascos tenemos relativamente pocos libros para leer.

Los libros de entonces, aunque aparecieron más rara vez, ¿no eran acaso tan hermosos o más hermosos que los de ahora?

Y con todo, hallaron y hallan poca correspondencia por nuestra parte: ya son casi veinte años que el señor Urquijo editó este a que me refiero, y yo no sabía ni que existía.

¿Qué más queréis? Aquí estoy yo —¡y cuántos como yo!, debería decirlo con vergüenza—; todavía no son veinte años que tuve conocimiento de Axular, y para entonces contaba cuarenta de edad. ¿No es vergonzoso que un vasco culto, como yo, no tuviera noticia de esos libros?

Pero en esta materia nada me asombra. Estoy acostumbrado a preguntar en vasco a ciertos jóvenes del país, y ellos con una sonrisa me dicen: «No entiendo.» ¡Esa sonrisita me duele extremadamente!

Los vascos de antaño escribían poco. Y ese poco, ¿quién lo iba a leer? Ni los de entonces ni tampoco los actuales.

En otra situación nos halláramos, si los denigradores antiguos y actuales del vascuence hubiéramos estudiado los bellos libros antiguos, tales como *Los Principios del Euskara*.

Yo al menos rindo gracias cordialmente al señor Urquijo, porque gracias a él me he llenado de contento, descansando en ese bello libro.

(De *Euskal-Esnalea*, diciembre, 1927, páginas 241-242.)

EMETERIO ARRESE (1869-1954)

Nació y murió en Tolosa (Guipúzcoa). Trotamundos empedernido, se va a América, donde varias veces consigue hacer fortuna para dilapidarla otras tantas veces. Allí se dedica a hacer propaganda de la pelota vasca, construyendo frontones, etc. La explotación de estos frontones le produce pingües ganancias, mas también serios contratiempos. Atravesó cuarenta y cuatro veces el Atlántico, lo que nos da una idea de lo que fue su vida inquieta y aventurera.

Arrese nos ha dejado tres libros de poesías: 1. **Nere Bidean (En mi camino)**, 1913; 2. **Txindor (Rruiseñor)**, 1928; 3. **Olerki berrizte (Renovación de poesías)**, 1952. Como poeta Arrese pertenece a la escuela o dirección postromántica, que en el País Vasco ha alcanzado larga supervivencia.

Arrese fue solterón. Una de sus poesías más célebres es aquella en que canta a la madre, al único amor que encontró en su vida, que nunca le traicionó.

¡MADRE!

*(Escritos en América el día en que recibí
la acerba noticia de su muerte)*

Las lágrimas alivian
la ruda aflicción de
dentro del corazón,
así como la llovizna del amanecer
refrigera en verano a la flor enjuta.
Por eso ahora el seno
quisiera hartarse de tanto llorar,
y es por eso también que amo
los versos más que antes;
ellos son, madrecita, lágrimas,
lágrimas sustanciosas y calientes,
gotas que fluyen hoy
copiosamente de mi espíritu.

¡Madre! ¡Qué nombre tan entrañable,
palabra tierna, dotada de miel,

que hace vibrar fuertemente
todos los sentimientos del corazón!
El nombre que en nuestras horas difíciles
pronunciamos espontáneamente,
suave fuente de recuerdos
de almas atribuladas y afligidas.
Antes la madre era
el suave lenitivo de mis penas,
y hoy sin ella no puedo superar
la pesantez de mi vida.

Teniendo un buen porvenir,
queriendo mejorarlo,
me alejé del País Vasco...
me alejé... ¡infeliz!
dejando el caserío
y mi querida madre anciana.
Tomé en un mal momento
el camino que no debía;
posteriormente jamás he hallado,
jamás, la paz anterior;
con un pesar amargo y que me destroza,
¡se me ha alelado el espíritu!

Una tristeza torva tenebrosa
que nunca se quita,
me sobreviene ahora al recordar
a la madre querida que se me ha muerto;
era verdad, sí, lo que ella
me dijo al tiempo de venir yo aquí.
Señor, perdón; se ha saturado de dolor
¡la que sin mí se encontraba sola!
Ha muerto la que en la mañana de mi partida
estando yo dormido,
acercándose a mí,
dándome un beso entre los labios
me dejó una lágrima!

Recuerdo cómo en aquella mañana
para que yo no lo viera
se estuvo llorando en el rincón del cuarto
a solas;
no se me olvidará cómo después,
penando y asiéndome bien del cuello,
con aliento entrecortado, me dijo:
«Hijo... te vas, te vas de esta manera

de junto a tu madre;
de hoy en adelante mi corazón
quedará cubierto con la noche eterna!»

A pesar de todo, hijo ingrato,
me encaminé hacia el nuevo mundo,
y desde entonces
¡qué soledad!

Quisiera ver y no puedo divisar
los confines de mi país,
día y noche ando en la orilla del mar,
grávido de especies imaginativas;
me tocará pasar
el invierno negro, tenebroso, largo
del desierto del huérfano,
confortando el abatido
corazón
con el aliento de los recuerdos.

Allí correré a refugiarme
a manera de un enfermo
en medio de los delirios y desvelos,
al nido que ha quedado totalmente vacío;
ante esta desgracia lastimera,
¡vuelva! vuelva al país natal,
al sitio en que ha muerto mi anciana madre,
y al lugar en que nació.

Llegado al sitio
donde hay tales seres queridos,
allí quiero vivir orando,
mirando a los cielos.
En pago de tus anteriores trabajos,
viva ahora tu alma pura
en medio del cielo,
mientras tu frío cuerpo
reposa bajo tierra.

En una noche de luna melancólica
taciturna y quieta,
me llegaré al lugar en que reposas
en dulce y blanda morada,
madrecita, para manifestarte
todas las cuitas de una vez...
en ese lenguaje entrañable
que sólo los muertos oyen!

JOSE MARIA DE AGUIRRE**«Lizardi»****(1896-1933)**

Lizardi se ha conquistado una bien merecida fama como poeta lírico, autor de un género de poesía nueva, densa de pensamiento y expresada con la mínima cantidad posible de materia, es decir, de palabras. Nos hallamos muy lejos del estilo difuso y un tanto verboso de Felipe Arrese y Beitia.

Nació en Zarauz (Guipúzcoa), pero vivió en Tolosa. Cursó la carrera de leyes en Madrid, en cuya Universidad obtuvo la licenciatura en 1917. No ejerció la abogacía, sino que dedicó su actividad a la administración y gerencia de empresas industriales, labor que alternó con el cultivo de la literatura.

Cuando Lizardi terminó sus estudios de bachillerato, casi había olvidado el euskera. Al empezar su carrera de leyes es cuando inició su propia «revasquización».

En 1932 publicó su libro de poesías, **Biotz-Begietan (En el corazón y en los ojos)**. En 1934 (o sea, después de su muerte) se publicó otro tomito de poesías suyas, **Umezurtz-olerkiak (Poesías del huérfano)**.

Pero Lizardi fue también escritor en prosa, de un estilo personalísimo, aristocrático y moderno. El mismo año de 1934 se publicó una antología de sus mejores artículos, de tipo periodístico, en un libro titulado **Itz-lauz (En prosa)**.

En 1956 volvieron a reeditarse las poesías de Lizardi en la colección «Kuliska Sorta» de Zarauz. Al texto vasco acompaña la traducción castellana, hecha por el mismo autor.

Ofrecemos la traducción de algunas de sus poesías y de algunos trozos de su prosa.

PAISAJE DE LAS ESTACIONES**III****BOSQUE UMBRIO**

Pleno julio

¡Cuán lejos, joven manzanal, tu flor! Y aún más roble, tus nieves. Subídose ha el Sol al zenit, buscando

cómo lanzar su dardo más a plomo. ¿Quién tendrá asaz profundos los hoyos de los ojos, que no se los colme su luz?

¡Estío! Mediodía del campo, ocio dorado, dulce sestar.

* * *

Orilla del camino carretil poco transitado, está en flor la zarzamora. Abrasa el sol y un rumoreo suena. Sitio orientado al sur, el aire llamea, hirviendo tumultuosamente, no solamente de calor, sino batido y revuelto por aletear de abejas.

* * *

Todo yace aplastado de calor... Animales, plantas, peñascos, heredades... Sólo el maizal y el lagarto parecen incapaces de sudar, expuestos como están al fiero sol.

* * *

¡Estío! ¡si refugio tienes para este azote, enderéceme a él con urgencia!

* * *

Palacio que tuviera cerradas sus ventanas parece el bosque.

Dormido está el Señor. Mas tiene, por cierto, una persona encantadora para acoger al caminante. Vedla ahí, esperándome en el atrio, esbelto el talle y afable la faz.

¡Sombra! ¡bellísima hija del bosque! y sin igual amable! Morena de cutis y de ojos...

¡Sombra! ¡Sombra!

* * *

Heme aquí que entro ya despacito y resonándome el corazón: acoge con cariño a este extraño que llega cansado. Me secó la frente con un lienzo leve. Luego, sentóseme al lado ¡la doncella adorable! ¡y cuán dulcemente nos pusimos a conversar en secreto!

La tierra en torno nuestro exhala vapores, caldeada por aquel caer de derretido oro. Mas de esa lluvia achi-

charrante está el bosque a salvo. Quietos, pues, aquí, querida mía.

Sea para nosotros del estío, la única joya el oro abigarrado que entrevemos, más allá del ramaje de estos árboles. Quédense ahí sus magnificencias y gocen otros de sus cálidos besos. Los tuyos prefiero yo, sombras del bosque, que no abrasan la sangre.

* * *

¡Estío!, ¡llama fascinadora, mar de fuego! En esta umbría nave quiero yo atravesarte.

CANCION DEL VASCO VIAJERO

Al preclaro don Miguel de Unamuno, en comunicación de nuestra insolente audacia.

¡Euskera, sal fuera!

¡Euskera, recorre el mundo!

(DECHEPARE, hace 400 años.)

INVITACION AL VIAJE

Voz sabrosa de la patria, blanca esposa de mi intelecto, ven quedamente a mí, dame la mano delicada, dejemos por algún tiempo el País Vasco.

FLOR SILVESTRE

Bella eres en verdad, con rústico atavío, lengua generosa. Ojalá pronto un poeta extraiga miel de la silvestre flor y del bosque esencia vasca.

Y si tal fuera la voluntad de Dios, como es ferviente deseo mío, surja cuanto antes quien, haga —vascos el meollo y la envoltura— el poema cumbre de nuestro pueblo.

LENGUA DE UNIVERSALIDAD

Pero yo, habla campestre, quíerote también para todo; que las alas del saber te eleven; viejo el cuerpo, nuevo el espíritu; bajo la piel amarillenta, fibra de eternidad.

POR CAMINOS DE ENSUEÑO

Esposa no estéril de mi ingenio: viaje nupcial es el nuestro. Yo os pido, Señor, que al fin de nuestro caminar, muchos niños hayamos, de lucientes ojos, fruto de amor e inspiración.

* * *

Boguemos al país de los hielos, mirando si hay huellas de aquellos antepasados, que tantas veces fueron y volvieron vestidos de impermeable lienzo; en la mano el arpón.

Cantemos las largas noches, los crepúsculos nocturnos de rojo fuego... Hombres morando bajo la nieve: tierra infértil, todo tan diferente de nuestro País.

* * *

Urbes, capitales, colmenar humano... Movimiento enloquecedor e inventiva: saber e inquieto comerciar: viértalo todo nuestra fuerza unida.

* * *

Recoge la impresión de todo clima y todo cielo que veamos y cántalos sabrosamente. Apréstate a cuanto se pueda querer de ti: habilítate para expresar cualesquiera manera y pensamientos humanos.

* * *

SUBLIMACION

Y cuando los sujetos terrenos se agoten, con alas que Sol no pueda licuar —no como aquellas de Icaro—, volemos juntos a los cielos, dispuestos a escalar las estrellas azules.

MUERTE DE XABIERTXO

En la mañana de Nochebuena estaba en su cuna el porbe Xabiertxo y la enfermedad lo iba ahogando.

Oh tú, más que nadie hermoso, sol nuestro, ¿qué tienes? ¿Quién te hizo mal, dime, a ti, lo más querido de dos corazones?

¡Espera! diríase que el respirar se le ha aquietado... Una dulce sonrisa le ha iluminado los labios.

¿Es que escuchas de alguien tiernas palabras, quietecito y más a gusto que en el pecho sabroso?...

¡Ay de mí! ¡Siento miedo! ¡No te mueras, no!, ¡por piedad, pequeño! ¡No te nos vayas, gozo nuestro; no, luz de nuestra vida!

¡Oh! ¡qué partirse los corazones! ¡Qué reventar el hasta entonces a duras penas contenido llanto!

¿Eran, pues, frágiles, más que las mariposas y las flores las ilusiones que puse en ti?...

(Ella) ¿Es tarde?

(El) Sí, querida: está anocheciendo... De medida del tiempo no sabe el dolor.

—¡Calla! ¿Quién va en el zaguán? ¿Quién puede venir de fiesta a hacer más amargas nuestras lágrimas?

Oh, buena «Etxekoandre»: ¿quieres que cantemos? Somos «nacimienteros», que llenos de respeto te estamos esperando...

(Ella) ¿Quiénes son?... ¡Diles que se vayan!

(El) Es un racimo de niños que traen un «nacimiento» iluminado de rojo.

(Ella) ¡Váyanse!

(El) No, querida. Míralos; igual que ellos anduviera el nuestro, algún día, una vez crecido!

Dices bien —¡Que el buen Niño les bendiga!, Entrad, muchachos hermosos, y a la cuna acercad vuestro «nacimiento».

Entrad y tocad sin temor: el pobrecito duerme, pero su sueño es de los que difícilmente sacude el ruido.

¡Tocad!, oh sí, que hoy ha de nacer el buen Niño. Y tú, levántate, roto corazón, que es fiesta de júbilo la de hoy.

Tocad, sí, chiquillos, en memoria de nuestro queridito... Al niño Dios adorémosle vivos y muertos.

Gloria sin término al Señor en la altura; y paz a los hombres.

DUELEME EL CORAZON

ELEGIA

(En el día del sepelio de la abuela)

Duéleme el corazón; duéleme con dolor resignado; dolor de llanto silencioso. Quedábame una abuelita... Hoy a tiempo que las golondrinas llegan, ella se ha ido.

No tienen sol los lienzos tendidos en las ventanas. No hay jugar de niños en tu calle. Las nubes muestran desgarrados flecos, ruge el mar. Un grupo de gentes está inmóvil. Luego, de pronto:

Resuenan los pasos de los vivos...

Doble hilera de hombres, con velas amarillas; el cadáver que llevamos cuatro nietos; detrás las mujeres. ¡Ah! ¡cuánto me pesa tan liviana carga! Poco se cansan los brazos, ¡pero el corazón!...

Y siguen resonando nuestros pasos...

¡Casi llevas un siglo encima, cuerpecillo viejo, y puedes ser tan leve! Que tu espíritu more ya arriba, como tú ingrávido; y ojalá el mío al sonar su hora lo sea bastante para volar hacia la luz inextinguible.

Y nuestros pasos, los pasos de los vivos, resonaban siempre.

Ochenta años atrás, el sol y tus juegos de niña ponían regocijo en esta calle... ¡Quién viera los tiempos luminosos que fueron, hoy que hasta en sus piedras muestran sombría tristeza!

Y seguían resonando nuestros pasos...

De pronto, interrumpióse nuestro propio rumor. Dejamos en alguna parte el cadáver. ¡Qué sé yo dónde! Empujáronme dentro. Temblaban muchas luces. Como un ebrio entré, tambaleándome y nublados los ojos.

Resonábame, resonábame dentro el corazón...

Transcurrió una larga hora, hasta que por fin nuestros brazos tomaron de nuevo la leve carga... Más tarde, sobre una loma, dimos en un silencioso pueblo. Es aquí donde se rompe aquella cadena de alegría y de dolor.

Resonaban de nuevo los pasos de los vivos...

Levantaron una madera y vi tu rostro arrugado; sonreía como si aún conservase vida...

(Resuéname y quiere estallar el corazón.)

Entonces mi noche oscura encendió una estrellita. Deramóseme temblando de los ojos una callada lágrima. Y el corazón convertido, al fin, en nido de esperanza:

(Resonando, resonando y saltando.)

Adiós (dijo a gritos) Adiós, ¡pobre cuerpecillo querido! ¡Adiós, abuela, hasta el gran día!

* * *

Duéleme el corazón..., duéleme con dolor resignado; con un dolor cuyo llanto no tiene sollozos. Como cuando el pájaro, tras del estío, vio llegar el invierno que no podía evitar.

LA CAMA

Médico del cansancio, iluminadora del entendimiento, premio al trabajo... Soñadero sabroso, lenitivo de penas, dueña de los perezosos.

Sean mis elogios —por esta nocturna sobremesa al métodos para ti. Y vaya también un «Padrenuestro» [nos— en sufragio de tu inventor.

* * *

Heme aquí, cenado opíparamente. Los párpados, cama [mía, te añoran suplicantes. Ante mis ojos muéstrate abierta, blanca como la nieve.

Comencemos afirmando estas mantas por bajo del colchón, es la prudente medida; no sea que luego, a media noche, se me salga desvergonzadamente, según suele, alguno de [los pies.

¡Ajajá! Sentémonos ahora. Vuelen por el aire mis za-
[patos
hasta dar en el techo... Que sepan de este gozo mis ve-
[cinos:

los de arriba y los de abajo.

¡Ahí va la americana! ¡Ahí los pantalones! ¿Quién dijo
[descanso?

¡Qué fatigas! ¡A fe que tenían más juicio nuestros padres
Adán y Eva!

Mas ¡por fin! Heme presto. Zambullámonos después de
santiguados. A la una, a las dos, a las tres, ¡pronto!,
¡antes que me acabe el frío de esta noche invernal!

* * *

¡Valientes majaderos esos que de noche van corriendo
calles! Así den, cualquier día, en una cama llena de pi-
cantes ortigas.

Fuera, el inclemente tiempo, paséase de mal humor.
¡Claro! ¡como que no tiene cama! En la ventana suena
el granizo, pensando, por lo visto, estorbarme el sueño!

* * *

...Y sueño que en el bosque un hada matóme con su risa
y que doscientas mil flores cántanme dulce funeral...

...Y sueño... Pero ¿qué escucho?... ¡Todos mis lectores
roncan profundamente!... Nunca sospeché en mis versos
tan eficaz narcótico.

Así, pues, ¡adiós! ¡Buena gente! ¡Pero recontra! ¡qué ca-
beza esta mía! Olvidábaseme el Padrenuestro que prome-
tí en sufragio del inventor de la cama.

Bien que... es de esperar que el pobrecillo... con lo ben-
dito que debió de ser, goce ya de la gloria...

Dejémoslo, pues, para mañana... Fuera resuena la lluvia.
Y los largos gemidos del viento... Vaya... ¡Adiós! Dur-
maa-moos...

GORRIÓN PARISIENSE

Gorrión gorrioncete del centro de París.

¿Ni el ruido de ese cónclave de locos que es *La Bourse*,
atrevido, impertérrito, puede ponerte espanto?

Llegaste en derechura sobre el capuz de un foco sin luz, mientras comías una migaja hurtada. Y luego, diligente, uno tras otro, todos sus ángulos ocupas.

Con cada salto el suelo enfilas avizor. ¡No eres tú, mala pieza! Corto fue tu inquirir y descendes veloz. No, por cierto, a llevarte cáscaras sin meollo.

* * *

Gorrión parisiense, ¿de un gorrión aldeano te distingue algo a ti? Vistes de pardo y es traviesa tu intención... Para más hermanaros... ni aún sabes el francés.

Con igual desahogo sois inquietos, uno del viejo campanario, el otro de la insigne Tullería. Y apuesto no se encogiera aquél, como aquí lo trajese.

Mirad en cambio al hombre. ¡Qué desmañado pájaro en su perpetuo afán de cosmopolitismo! ¡Vaya, retorne, empéñese. Así que de su casa salió... ¡rústico siempre!

En resumen. Que viéndome en París tan paleta y desgarrado, al Cielo quejéme, justamente, expresándole cuánto más me holgara de ser gorrión, que no hombre.

BODEGON VIVIENTE

(Así traduce Xabier de Lizardi el retrato: «Etxebarne bizia», o sea, el relato que hace a un amigo suyo de la vida en su casa.)

«Te dibujaré —le dice— una media hora del anochecer de ayer. Y con ello te darás cuenta aproximada de cómo son mis hijos: parecidos a los de cualquier otro lugar.

Cuando fuera ha anochecido y el granizo tamborilea en las ventanas, suele ser grato el fuego del hogar.

Así resultaba anoche el nuestro. Y aún más cuando dentro de la casa domina el bullicio de los niños.

Entonces, amigo, las llamas del fuego parecen más luminosas, con temblor más nervioso, como si quisieran lamer las alturas.

Tú eres un empedernido solterón y no crees eso último.

Te compadezco, hombre ¡No te rías, no!

Pero espera; ya le tenemos delante a mi chico mayor. Tiene cinco años. Se ha subido sobre una silla, ha quitado una hoja al calendario y viene hacia mí.

Me coserá a preguntas queriendo saber lo que allá dice; por qué lo dice y para qué lo ha puesto el que ha puesto aquello.

Quiere saber si mañana es domingo y por qué es domingo y no lunes...

Cuántos días faltan para mayo. Al final he tenido que mandarle a paseo!»

(De *Itz-Lauz*, pp. 15-16.)

BODEGON VIVIENTE

EL CONGRESO LEGISLATIVO ESPAÑOL ANTE MIS OJOS

También éste es un bodegón viviente. El segundo de la serie. Ahora he caído en cuenta que con los llamados bodegones vivientes se puede hacer una divertida sección literaria. Pero ésta no es mi casa; y las figurillas que ahí aparecen no son mis pobres niños. Por eso los miro con respeto, controlando con cuidado las palabras y la sonrisa.

Nunca había entrado en las Cortes españolas. Debo al cavernícola Leizaola el haberme hecho con una entrada. Que el buen Dios se lo recompense.

A decir verdad, mirado de arriba abajo, ese recinto no infunde tanto miedo como visto en los periódicos. Casi se atreve uno a bajar a él.

Aún está desierto. Se me figura que en esos bancos rojos van a estar cómodamente mis espaldas. Y que mis ojos van a tener un campo visual más amplio que desde aquí arriba —pues me encuentro en la tercera fila—. ¡Cáspita!, ¡pero que no veo el banco azul, si no es levantándome de vez en cuando! Cuando vengan los ministros no les podré ver sino de espalda. Yo que tenía unas ganas de ver la hermosa dentadura de Azaña!

Son las cuatro. La hora de comenzar. Detrás del banco del presidente hay cuatro ordenanzas, cuyos uniformes ostentan galones dorados. Pero de pronto, he ahí al mismo presidente, o sea, al señor Besteiro: con un grácil gesto un tanto cansado se acerca al banco. Yo le miro

con los ojos enternecidos; siento debilidad por él, pues hace unos cuantos años, en Lógica, cuando no sabía ni desentrañar un silogismo, me regaló un sobresaliente.

Los diputados van viniendo uno a uno, remolones, como los pollitos hartos a los residuos de la masa. Tan pronto como se han reunido ocho o diez, se ha puesto en pie, en uso de la palabra, el barbablanca Royo Vilanova. ¡Qué viejo más enfadado! Dice que ayer difundieron que él ha cometido no sé qué fechoría en la Universidad de Zaragoza, ¡y eso no es formalidad! Por lo menos ha dado buenos palos al viento.

Después en el escaño rojo se ha levantado un orador joven. Dice que no se pueden vender los libros castellanos a las Américas, porque los papeleros son unos insaciables. En seguida me han venido a las mientes los amigos de Tolosa, y les tengo compasión. Pero le ha respondido Carner a favor de mis amigos. Este señor posee una palabra sucinta y cortada, y una cabeza, según parece, provista de sustancia.

Separadamente, como las hormigas en el camino del hormiguero, pero no tan diligentes, van viniendo más diputados.

Uno tras otro se levantan fulano y zutano, haciendo cada uno sus peticiones. El presidente siempre les contesta con amabilidad. Yo creo que el futuro de esas peticiones y la tos de medianoche de la cabra se parecen. Pero los oradores, después de barajar una infinidad de cosas, se sientan satisfechos, e infaliblemente, salen seguidamente a la antesala, para ver si en los pasillos alguien les da la enhorabuena.

Mientras tanto van llegando diputados en mayor número, y ocupando cada uno su puesto. Yo estoy apercebido, deseando hacer algún guiño de simpatía a los conocidos. En efecto, éste ha sido uno de mis mayores placeres en toda mi vida: el reconocer en persona a los hombres célebres que únicamente conozco por la caricatura. Entonces mi interior experimenta un sobresalto de gozo, y al recién identificado, allá para mis adentros, le suelo dirigir unas palabras afectuosas: «¡Hola, hombrecillo! ¿De modo que eras tú?... ¡Qué bueno estás! ¡Que te aproveche!» Y si empieza a charlar con los circunstantes, se me figura que lo que echa por la boca no son pala-

bras, sino onzas de oro. Y claro, suelo estar mirándole embelesado.

Fuera de Besteiro, apenas conocía personalmente más que al tolosano Aldasoro. Sigue siendo un joven apuesto, como antes. No se olvida de mirar de vez en cuando a los bordes del palco superior, pues allí la mayoría son mujeres. °

Pero, como antes he dicho, voy haciendo algunas identificaciones. Allí está el carilargo y negro Maura. Está charlando en animada conversación con Osorio, el tierno novio de todo lo que respecta a la Justicia. No lejos, está también «nuestro» Unamuno. Desde luego, ese viejo tiene salud para rato; por lo visto el pensar no mata tanto al hombre. Dentro del cerco formado por los cabellos y la barba blanca, presenta un cutis tan sonrosado como para avergonzar al mismo rojo de los escaños. Aquel que está más allá debe de ser Melquíades, petirrojo cantor. El siguiente, el célebre Marañón. También don Alejandro —el hombre eminente que suele estar callado cuando no sabe qué decir— se ha sentado ahora a sus anchas, con su nariz recta en medio del rostro, y un bigote hermoso protector del labio.

Madrid, 13 de mayo de 1932.

(*Itz-Lauz*, San Sebastián, 1934, pp. 20-22.)

JOAQUIN DE BEDOÑA, O. F. M. Cap.
«Loramendi»
(1907-1933)

Nació en la aldea de Bedoña, perteneciente a Arechavaleta (Guipúzcoa). Ingresó en la Orden Capuchina. Murió el mismo día que tenía que ordenarse de sacerdote.

Sus poesías (principalmente de tema religioso) se publicaron en la revista capuchina «Zeruko Argia». El P. Julián de Yurre editó en 1960 un volumen con todas las poesías y demás trabajos de este joven poeta malogrado antes de que pudiera madurar.

¡ES QUE ESTABA CIEGO!

El padre y hermanos que amaba
 me los quitaste, Señor, uno a uno...
 ¡Heriste y escondiste la mano! Mientras, el corazón
 no podía traer a mandamiento el palpitar furioso.
 ¡Señor, Señor, decía, ahogado por los suspiros,
 éste es un trabajo insoportable para el que vive en la
 Señor, Señor, ¿por qué me afligiste así, [tierra!
 por qué tu mano me ha tocado tan reciamente?
 Tal vez Tú, Señor,
 —me da reparo decirlo—
 ¡ay!, ¡no me amas!
 ¡Loco y ciego de mí! ¡Ay! Es que no sabía
 que era el amor el que andaba haciendo de las suyas.
 ¡Es que no sabía que me quitaste todo
 para que solamente nos amásemos los dos!
 ¡Señor, perdóname,
 pues estaba ciego!...

(*Olerkiak*, p. 139.)

ESTEBAN DE URQUIAGA

«Lauaxeta»

(1905-1937)

Nació en Lauquíniz, junto a Munguía (Vizcaya). Se formó con los PP. Jesuitas. Murió en Vitoria (víctima de la guerra civil). Fue poeta y periodista. Considerado como el promotor de la poesía simbolista en vascuence (J. San Martín).

Publicó dos libros de poesía: **Bide barrijak (Caminos nuevos)**, Bilbao, 1931, y **Arrats beran (Al atardecer)**, Bilbao, 1935.

Su seudónimo **Lauaxeta** significa Cuatro Vientos.

Presentamos dos poesías de **Arrats beran** en versión hecha por el mismo autor.

AL ATARDECER (ARRATS BERAN)

A UNA PEQUEÑA RUBIA

Nuestra pequeña rubia, el mediodía está en plena luz! Los ríos son de plata, el maizal, de oro. ¿Por qué estás al sol, nuestra pequeña rubia? Con finos dardos, amante tuyo, el sol desciende a las praderías. Es un adorador de la belleza!

¿Hacia dónde se nos ha perdido nuestra pequeña rubia? ¡Volad en su busca, mis palomas blancas! ¡Romped el silencio de los vergeles, mis pájaros cantores!

El mediodía, pleno y puro, brilla sobre las colinas. Nuestra pequeña rubia se nos ha perdido en el sol!

VIEJAS ESTROFAS

¡Lo poco que hace falta en la vida para ser felices!
¡Canciones, un vaso de vino y la alegría de un amor!

Cantar, vaciar el vaso lleno junto a la amada. Sonreír y con labio furtivo robar un beso en el caer de la tarde.

En clara luz mil cosas bellas guarda el mundo con la gracia del primer instante. Pero cuando en el cuerpo moreno se tienen veinte años, ¡qué poco hace falta para ser felices en la vida! Canciones, un vaso de vino y la alegría de un amor!

ENRIQUE ZUBIRI

«Manezaundi»

(1867-1943)

Nació en Valcarlos (Navarra). Hizo estudios en San Juan de Pie de Puerto y en París. Establecido en Pamplona fue profesor de dibujo en la Escuela de Artes y Oficios. Era pintor. En la Diputación de Navarra pueden verse algunos cuadros suyos. Murió en Pamplona.

Los que le conocieron están contestes en afirmar que tenía un carácter raro, tal vez como consecuencia de los sin-

sabores de la vida. Su prometida murió y Zubiri perseveró solterón de por vida. En la guerra civil, en un momento de confusión, le destruyeron todos sus papeles. De su producción literaria nos han quedado sus colaboraciones en diversas revistas. Angel Irigaray ha reunido lo más selecto de la prosa de Zubiri en su libro **Prosistas Navarros contemporáneos en lengua vasca**, 1958.

Lo mismo en los cuadros que en los artículos, Zubiri se revela pintor. Pintor que sabe captar y describir con mano maestra las escenas y cuadros de la vida ambiente.

Zubiri escribe en dialecto bajonavarro, que es el propio de Valcarlos.

Véase una muestra del estilo y arte de Zubiri, tomada de la citada Antología de Angel Irigaray.

EN EL MERCADO DE SAN JUAN DE PIE DE PUERTO

—Dime, Graciosa, ¿a dónde vas tan ataviada, tan peripuesta?

—A San Juan, vaya.

—¡Caramba! Después dirás que los muchachos te flirtean, con tantos lazos, cintas, adornos y hermosos vestidos.

—¿Qué quieres, Catalina? Cada uno es como es.

—¡Bien, bien! Que tengas un buen viaje, y a ver si encuentras un hermoso novio.

—Eso se verá, Catalina.

* * *

Graciosa, tan pronto como llega a San Juan de Pie de Puerto, se sienta sedienta delante de la puerta de un café, en una mesa pequeña, y desde allí contempla todo el gentío de un día de mercado, por arriba y por abajo, en una gran extensión.

Cerca de ella, en otra mesa, advierte que hay un hombre joven flaco, de esos *turistas*, con la cabeza en pelo, con sus medias descubiertas hasta debajo de la rodilla, con una hermosa pipa en la boca.

Tiene la mirada clavada en Graciosa. Por fin se atreve a dibujar una sonrisita en los labios, y haciendo una

mueca deja oír en voz baja, casi entre dientes: ¡Ah, la belle basquaise!

Nuestra Graciosa, simulando no haber oído, ni siquiera movió sus ojos, pero ¿dónde encontrar una muchacha cuyo corazón sea insensible a las lisonjas? El extraño se atreve a musitar otra vez: ¡Mais, que tu est charmante!

Después de oír el segundo piropo, Graciosa siente una especie de dulce cosquilla en el fondo de su corazón, y moviendo un poco la cabeza, mira con una rápida mirada al muchacho extraño, sin ninguna mala cara.

Entonces el señor joven se levanta y con aire de triunfador se sienta en la mesa de la muchacha, diciéndole: *Vous permettez, mademoiselle?*

Nuestra pobre Graciosa, asustada, casi temblando, con el corazón sobresaltado, se calla, no sabiendo qué decir, qué hacer, para replicar y resistir a la audacia de aquel hombre.

Aquel breve silencio se le antojó un asentimiento al hombre vanidoso, y sin titubear se acerca demasiado a la muchacha, ¡diablos!

La rectitud de Graciosa se rebela súbitamente y levantándose le dice:

—¡Diablo francés obsceno! ¡Vete de aquí inmediatamente! Caramba, ¿con quién crees que estás? (Mientras tanto tiene el brazo alzado con una taza en la mano, en ademán de romperla en su cabeza.)

El muchacho de medias multicolores, asustado ante el coraje de la muchacha, desaloja rápidamente el lugar.

Pero mientras tanto el estrépito hace acudir a la gente, y de entre la turba sale un muchacho corpulento, que se abre el camino a codazos, y dice a Graciosa:

—Pero ¿qué es lo que te ha sucedido en este tumulto?

—Mira, Joanes, a ese maldito hombrecillo tísico, no sé qué es lo que le ha parecido que soy yo, dado su atrevimiento.

El corpulento Joanes, en cuanto ha oído esto, como un rayo se dirige al hombre extraño, y le propina una descarga de innumerables trompazos, bofetadas, puñetazos, golpes y puntapiés, entre las carcajadas de la gran multitud.

Y volcando la mesa en su ira, se rompió e hizo añicos toda la vajilla, e inmediatamente el dueño se precipita gritando adonde Joanes:

—¡Calma!

—A ver, ¿cuántos son los daños? (se le replica).

Después de pagar éstos, lleva a Graciosa (que llora) de la mano, bajo su protección, adonde unas mujeres conocidas.

* * *

Al llegar al pueblo halla otra vez a Catalina, vieja solterona, de lengua acerada y envidiosa, siempre ganosa de punzar y pellizcar, y dice a la muchacha con su sonrisa maliciosa:

—¿Qué? ¿hallaste lo que buscabas?

Y Graciosa:

—¿A ti qué te importa, vieja arrugada?

(*Prosistas Navarros Contemporáneos en Lengua Vasca*, pp. 105-107.)

JUAN ANTONIO DE IRAZUSTA (1884-1952)

Nació en Tolosa (Guipúzcoa). Hizo sus estudios en Deusto y en Madrid. Fue abogado, y diputado a Cortes durante la Segunda República. Exilado a América, allí se ordenó de sacerdote. Murió en Tarazoto (Perú).

Irazusta ha dejado dos novelas que se publicaron en América: 1. *Joañixio* (Juan Ignacio), Buenos Aires, 1946; 2. *Bizíagarratza da* (La vida es amarga), Buenos Aires, 1950.

Joañixio es una de las novelas más auténticas y mejor logradas que se hayan escrito en vascuence, de estilo ligero, cortado y rápido, de diálogos naturales y finos; su tema es la emigración a América. *Joañixio*, joven campesino de Amézqueta, emigra a la Argentina, vive en la Pampa durante 35 años, llevando una vida arrastrada, dedicado a la ganadería. A su regreso ya no tiene amigos ni conocidos. Cuando creía que empezaría para él la vida dichosa, en realidad empieza la vida aburrida y los achaques de la vejez. Casa con una sobrina que tiene tres veces menos edad que él, y la cual sólo por presión de sus padres, que codician

la herencia del viejo indiano, consiente en casarse con él. Tienen hijos enfermizos. Mil veces maldice Joañoixio la hora en que se le ocurrió marchar a la Pampa.

Ofrecemos un trozo del capítulo 4.º, en que se describe la partida del joven Joañoixio para América.

JUAN IGNACIO (JOAÑOIXIO)

¡ADIOS!

Pello y Joañoixio (Juan Ignacio) estaban listos para salir de casa con la aurora. Aquel fue el momento de mayor apuro para el pobre chico. Todos a la vez querían decirle algo:

—Vete a confesar por lo menos una vez al mes (la madre).

—Aquí nos tendrás también cuando vuelvas (Miguel).

—Escribe a menudo, Joañoixio (Teresa).

—Si hay música, ve al baile (Lucía).

Y así por el estilo.

No fue fácil, pero al fin salieron. Joañoixio dirigió la última mirada a la casa desde el manzano. ¡Qué bramidos los suyos, apoyado contra un manzano! Por temperamento no era muy hablador, y entonces menos. Sin hablar, como si no se conocieran, bajaron los dos a Amézqueta. Casualmente, delante de la casa de Domingo estaba el cura, que quería mandar setas a un amigo de Toluca. Tuvo para él muy buenas palabras (cosa que Joañoixio no esperaba):

—Mira. Te vas al ancho mundo. Has de ver muchas maldades. No olvides que hay mentirosos y tramposos. Tienes buena memoria. No te olvides tampoco de que tienes una sola familia. No te cases fuera de Amézqueta: Aunque yo en los sermones les dirijo infinidad de reproches, mejores chicas que las de aquí no hay en ningún sitio. Confíesate a menudo. Adiós, Joañoixio, con mi bendición: In nomine Patris...

Tanto el padre como el hijo lloraron copiosamente después de oír unas palabras tan sesudas y afectuosas. Y partieron en el coche de Domingo. Poco antes de llegar a Uarte, apareció en medio del camino Teresa, que había bajado por el atajo:

—Joañixio: de parte de la madre, que nunca quites de encima este escapulario...

Se lo dio, y sin decir nada más, se alejó.

Domingo atizaba a los caballos diciendo «¡caramba!», y así llegaron a Tolosa. Entraron en el tren, y a San Sebastián. Joañixio ya otra vez había visto el mar, pero le imponía. Toda aquella agua, ¿hasta dónde llegaría? Como si alguien le espoleara por dentro, era de ver cómo subía por las rocas. También vieron el puerto. Desde allí el padre le mostró la playa que llaman «Concha», toda llena de gente. Ir allí era cosa perniciosa: lugar donde no había más que mentira y cieno: muchas mujeres que habían perdido la vergüenza y no pocos hombres que deberían ser mujeres, tumbados desnudos en la arena: cosa de vergüenza. Almorzaron muy temprano y para el anochecer se hallaban en un caserío de Baztán, que ellos sabían.

—¿Este es el joven que va a América?

—El mismo.

—Tiene buena edad. Entraremos fácilmente en Francia. Mejor iría con unas alpargatas viejas, pues no siempre podremos andar por los caminos. Aquí hay unas más viejas. Saldremos esta noche alrededor de las doce.

Entre tanto hablaron a solas el padre y el hijo.

—Joañixio: No olvides las cosas buenas aprendidas en casa. Muchas veces te hallarás en situaciones en que el camino torcido es el más placentero. Déjalo a un lado. Siempre derecho. Ten presente cuánto lloraría tu madre, si tú te malearas. Aunque vas a tierras lejanas, ya sabes que en casa nunca te olvidaremos... y sé siempre fiel.

—Haremos los posibles.

—No olvides los consejos de la madre. Para cuando tú vuelvas, no viviremos ni la madre ni yo. Mejor, si vivimos; pero tal vez en cuarenta años no regresarás y para entonces seremos difuntos. Si te acuerdas de rezar un Padrenuestro...

—No diga esas cosas, padre. Todavía les he de ver. Ninguno de los dos tiene achaque alguno. Además, volveré antes de cuarenta años. ¿O es que no se puede hacer un viaje de ida y vuelta?

—¡Ah, si así fuera! Eso supondría hacer dinero pronto. ¿Has puesto el escapulario?

—No. Ahora mismo lo voy a poner. Aquí mismo, en el seno, vendrá conmigo.

(*Joañixio*, cap. IV, pp. 45 y ss.)

SEVERO ALTUBE (1879-1963)

Severo Altube nos da el ejemplo de un hombre que se formó a sí mismo mediante el trabajo constante, metódico y perseverante. Después de hacer los estudios en su pueblo natal de Mondragón (Guipúzcoa), joven aún pasó a vivir a Guernica (Vizcaya), donde llegó a ser gerente de una fábrica de armas, creador y director de la banda de música y alcalde. Al principio de la guerra civil (octubre de 1936) emigró a la Argentina. Posteriormente pasó varios años en Francia, muriendo por fin en Guernica. Poco después de crearse la Academia de la Lengua Vasca, fue nombrado académico de número y fue uno de sus miembros más conspicuos.

Preocupado por el sesgo que tomaba el movimiento literario vasco, caracterizado con frecuencia por un exacerbado purismo y reformismo de la lengua, Altube achacaba estos fallos a un deficiente conocimiento de lo que es una lengua, de las leyes que rigen su vida, etc. El en consecuencia se dedicó con ahínco al estudio de los libros de lingüística general y a la divulgación de sus principios, aplicándolos al caso vasco. Su discurso de entrada en la Academia versa sobre el tema: La ciencia del lenguaje y la vida del euskera.

Más tarde escribió: **La Vida del Euskera. Divulgación de los principios de lingüística general aplicables a su defensa.** Escribió además un notable estudio sobre la sintaxis del euskera popular hablado y otro sobre el acento vasco.

Nadie ha denunciado con más vehemencia y virulencia que Altube los efectos perniciosos y delétereos de ciertas producciones que se empeñaban en imponer a la lengua unos moldes prefabricados, siguiendo criterios fantásticos y subjetivos. En el Congreso de Estudios Vascos celebrado en Guernica en 1922 leyó un magistral trabajo sobre el pleito

del léxico vasco, la necesidad de respetar los préstamos arraigados en la lengua y de aceptar los términos científicos culturales de uso común en Occidente.

Traducimos un trozo de este discurso:

NUEVAS PALABRAS VASCAS

Dos palabras para terminar.

Hoy en día, las tareas relativas al léxico vasco o al euskera completado presentan dos aspectos: el uno es mantener la riqueza que actualmente posee el vascuence, y el otro (hasta tanto que se consiga capacitar al vasco para los progresos de la nueva vida actual) enriquecer dicho léxico y dotarlo de precisión. Pero en la práctica ambas tareas se funden en una: si no caminamos decididamente hacia adelante en el logro de esa capacitación, por causa de esta desidia la misma lengua quedará insertible y se nos morirá.

Nosotros en el presente trabajo nos hemos esforzado por manifestar lo más clara y exactamente posible nuestra pobre opinión sobre el modo cómo el vascuence podría lograr más fácilmente esa capacitación. Lo que nos ha llevado a aceptar este parecer como el más legítimo es el examinar fríamente y el ver lo que han hecho y lo que ha beneficiado a otras lenguas que se hallaban en la situación en que está ahora la nuestra. Siguiendo ese camino no creemos que fuera difícil la victoria del vascuence, por lo menos por lo que respecta al cultivo y tutela de la lengua.

Pero con que los vascófilos y vascólogos cumplan este cometido no es suficiente, ni mucho menos. Para que una lengua que se halla en la situación de la nuestra trueque su curso decadente por el ascendente y camine hacia adelante en todas sus manifestaciones, tiene que presentarse rodeada y bañada de prestigio, de aire aristocrático; y esto se lo han de comunicar los vascos ricos, sabios y aristócratas: para ello es preciso que éstos sientan por el vascuence el amor y el respeto debidos y que lo manifiesten en todos los actos, en todo momento y en todo lugar.

Desgraciadamente, quitando unos pocos, los aristócratas vascos dan en esto un mal ejemplo al pueblo; no preocupándose lo más mínimo de la cuestión del vascuence,

e incluso con frecuencia (con la mayor desvergüenza y el odio más repulsivo), arrinconándolo a puntapiés y aplastándolo. Las consecuencias de este hecho lamentable son luego patentes: el vascongado llano no se preocupa por hablar bien la dulce lengua que le han transmitido los padres, que aprendió en el regazo materno, ni se preocupa en conservarla en sí mismo y en su contorno. Con frecuencia hace todo lo contrario: el pueblo llano, el pueblo bajo, que en esto como en todo quiere imitar a los aristócratas, tan pronto como puede, arrincona también el vascuence; y si no puede llegar a tanto, se esfuerza por trocar las palabras vascas puras por otras de origen castellano; y de este modo trasplanta al vasco muchas palabras extrañas innecesarias, y muchas voces vascas auténticas hace que caigan y se pierdan. En contra de estos hechos no pueden conseguir gran cosa ni los esfuerzos de nuestros escritores ni los trabajos de los académicos. Tratóndose de ir contra una tendencia o decadencia general, total y universal, los trabajos de unos pocos sujetos no tienen volumen como para hacer mella.

He ahí la consecuencia del desamor que la élite vasca siente por la lengua de sus padres.

(Euskal itz Barrijak: Nuevas palabras vascas. Discurso en el Congreso de Estudios Vascos celebrado en Guernica en 1922; actas del mismo, pp. 92-93.)

IGNACIO MARIA MANCISIDOR, S. J. **(1907-1961)**

Nació en Azcoitia (Guipúzcoa) y murió en Loyola.

Pertenebió a la Compañía de Jesús. Pasó buena parte de su vida en América, concretamente en Venezuela. Allí fueron escritos varios de sus libros, aunque se editaron en España. Toda la producción del P. Mancisidor es de carácter religioso y hagiográfico, y está escrita en un vasco muy cercano a la variedad hablada en el valle del Urola.

Obras: 1. **Deustoko atezai Garate Jesu laguna (El jesuita Gárate, portero de Deusto)**, 1936. Vida del siervo de Dios,

Hermano Gárate. 2. **Otoitz Bidea (El camino de la oración)**, Bilbao, 1948. Es un libro de meditación o guía para la oración mental privada. 3. **Jesukristoren Bizitza (Vida de Jesucristo)**, Bilbao, 1953. Presenta la vida de Jesús siguiendo paso a paso los relatos evangélicos. 4. **Gure Patroi Aundia. Aita San Iñazoren Bizitza (Nuestro gran Patrono. Vida del Padre San Ignacio)**, Zaragoza, 1956. Esta biografía del Santo apareció coincidiendo con el 4.º centenario de su muerte. 5. **Santu Bizitzak (Vidas de Santos)**, 3 volúmenes. Se publicaron en Bilbao a partir de 1958. Constituyen una especie de Año Cristiano con la vida del santo de cada día.

El mismo P. Mancisidor protestaba que su objetivo no era hacer literatura. Sentía mucho respeto por la espontaneidad original, y así castigaba poco sus escritos. Lo cierto es que resplandecen por una fluidez y transparencia que los hacen amables.

VIDA DE JESUCRISTO (JESUKRISTOREN BIZITZA)

LEVI

Poco después de curar al paralítico, caminando por la orilla del mar, nuestro Señor pasó por las inmediaciones de la aduana. Allí estaban los publicanos, los recaudadores del tributo, en su caseta. Entre ellos Leví, el hijo de Alfeo.

Jesús le vio y se le puso en frente, y le dijo: ¡Ven conmigo!

Leví se levantó del sitio en que estaba, y dejándolo todo, siguió en pos de él.

Seguramente que ya de antes Leví conocía a Jesús. Porque vio sus milagros u oyó sus discursos o... Por otro lado nuestro Señor le llamó con tal grandeza y poderío, que, conmovido todo su interior e impulsado por el Espíritu Santo, le siguió, dejándolo todo.

A fin de mostrar su agradecimiento a Jesús, y movido también de gozo por el favor que le hizo el Señor, Mateo (éste es el otro nombre de Leví) quiso preparar una gran comida o cena al Señor; y así lo hizo. Llegó, pues, la hora, y allí se reunieron con el Señor los Apóstoles y los

que hasta entonces habían sido colegas de Leví (muchos de los publicanos) y algunos otros pecadores: así los denomina el mismo Mateo.

El claro que entre los comensales no habría ningún fariseo. ¡Imposible!

Pero andaban merodeando por allí. Llenos de odio y de rabia; y como no podían callar, decían a los discípulos: ¿Cómo es que vuestro Maestro come con pecadores y publicanos?

El Señor les oyó de lejos y les replicó: Los que están sanos no necesitan de médico; pero sí los que están enfermos. Id y aprended qué quieren decir aquellas palabras: Más quiero la compasión que la ofrenda. Yo no he venido a buscar a los justos, sino a convertir a los pecadores.

«Más quiero la compasión que la ofrenda»: estas palabras eran del profeta Oseas, o para decir mejor, nos las dijo Dios nuestro Señor por la boca del profeta Oseas. Oportunamente las citó Jesucristo y nos reveló una vez más la bondad y piedad de su corazón para con nosotros; y nos dijo cómo habíamos de comportarnos con nuestros prójimos, haciendo bien a todos, y teniendo compasión.

Dejó sin palabra a los enemigos..., pero éstos no cesaron, y esta vez, uniéndose con los discípulos de Juan, volvieron a la carga, preguntando:

¿Por qué, mientras nosotros ayunamos, tus discípulos no ayunan?

Es posible que aquel fuera día de ayuno para los fariseos...

Jesús les contestó:

¿Cómo pueden los amigos del esposo estar tristes, mientras tienen al esposo entre ellos? Ya vendrá el tiempo en que les arrebatarán el esposo y entonces ayunarán.

Y les dijo también:

Para arreglar un vestido viejo, nadie le cose un retazo de paño nuevo, pues el paño nuevo tira del viejo y la rotura se hace mayor.

Nadie mete el vino nuevo en odres viejos. Pues el vino haría reventar los odres, y el vino se derramaría y también el odre se echaría a perder. El vino nuevo se mete en odres nuevos, y así los dos perduran. Y después de beber del viejo, ninguno suele querer en seguida el nuevo, pues dice: Es mejor el viejo.

Quería decirles: Mis discípulos son el vestido nuevo, el paño bueno, el vino nuevo; vosotros en cambio sois el vestido viejo, el paño raído, el vino viejo. Idos por vuestro camino; dejad a mis discípulos que vayan por el camino que yo les mostraré. Ahora no os gustan estas costumbres; tampoco suele gustar el vino nuevo al que está acostumbrado al viejo. Pero aun llegará el día, y entonces este vino nuevo del Evangelio, metido en los envases de la nueva religión que yo estableceré, será mucho más gustoso y sabroso que todas vuestras costumbres y ceremonias viejas.

Desde que Jesucristo estuvo en Jerusalén en la primera Pascua, había pasado casi un año. Estaba próxima la segunda Pascua. Jesús iba nuevamente a la Ciudad santa, a enfrentarse con sus enemigos en su propia casa. Allí los vencería y haría enmudecer para siempre.

(Jesukristoren Bizitza: Vida de Jesucristo, pp. 158-160.)

NICOLAS ORMAECHEA

«Orixe»

(1888-1961)

«Orixe» puede ser considerado como el patriarca y el tipo más representativo de la literatura vasca en la última generación. Poeta, escritor, traductor, gramático, crítico. Hombre de carácter un tanto intemperante, como ha dicho L. Michelena, pudo titular muchos de sus trabajos a la manera de Unamuno: «Contra esto y aquello».

Nació en Oreja (Guipúzcoa), pero pasó su infancia y adolescencia en Huici, pueblecito de la montaña navarra. En 1905 ingresa en el Colegio de los Jesuitas de Javier. Entra en la Compañía, donde recibe una esmerada formación humanística. En 1923 abandona la Compañía, sin duda alguna por algunos defectos de su carácter. Por esta época reside en Bilbao, y luego en su pueblo natal. Al tiempo de la guerra civil, emigra al vecino país vascofrancés, y posteriormente a América, concretamente a Guatemala, donde colabora en

la publicación de la revista Euzko Gogoia. Regresa al país en 1957. Muere en Añorga, cerca de San Sebastián.

Siempre se mantuvo profundamente creyente y religioso. Los estudios místicos fueran uno de sus campos favoritos. Sobre su tumba, en el cementerio de San Sebastián, se ha grabado el epitafio, original suyo, que traducido, reza así: «¡Salve, Fe, mi Lazarillo en el mundo! Gracias a ti no me hundi en el abismo».

Mucha de la producción de Orixe está dispersa en revistas: en «Jesusen Biotzaren Deya», «Euskal Esnalea», «Euzko Gogoia», etc. Uno de los terrenos en que más se ejercitó y triunfó fue el de la traducción. Tradujo el Lazarillo de Tormes (Bilbao, 1929), Mireya, de Mistral (Bilbao, 1930), el Misal diario y Vespéral (impreso en Bélgica, 1949), las Confesiones de San Agustín (Zarauz, 1956), los Evangelios y los Salmos (publicados después de su muerte). Como obras originales tiene la **Vida del Cura guerrillero Santa Cruz** (San Sebastián, 1929), **Barne-Muiñetan (En las médulas del interior)**, libro de poesías líricas de carácter teológico-místico, Zarauz, 1934; y sobre todo, **Euskaldunak (Los Vascos)**, poema en XV Cantos, Zarauz, 1950.

El poema **Euskaldunak** estaba concluido para 1934. Este poema larguísimo de más de 12.000 versos tiene por objeto cantar la civilización, costumbres, espíritu, mentalidad, supersticiones, modo de vida, diversiones, poesía y lengua del pueblo vasco, tal como todo ello se vive en una zona rural y campesina; en concreto, en el pueblo de Huici, donde el poeta se crió. Todo el poema está hecho para ser cantado. Se caracteriza por una extrema y descarnada objetividad. El autor se oculta y como desaparece. Presentarnos la vida vasca en su original belleza es todo su cometido. Hay también en este monumento mucho de repertorio de poesía popular, folklore, etc.

Próximamente va a publicarse una segunda edición de este Poema con traducción castellana hecha por el mismo autor.

En 1965 apareció un libro-homenaje a Orixe, donde figuran numerosos estudios en torno a él, y se publican algunos trabajos suyos que estaban inéditos: **Orixe. Omenaldi (Orixe. Homenaje)**. Posteriormente se ha publicado otra obra suya sobre temas místicos: **Jainkoaren billa (A la búsqueda de Dios)**.

Para Orixe los dialectos vascos no tenían secretos. En vizcaíno escribió la traducción del Lazarillo del Tormes, en

guipuzcoano la Vida del Cura Santa Cruz, en alto navarro una Historia de la Literatura Vasca, que apareció en «Euskal Esnalea», el poema Euskaldunak está también lleno de alto-navarrismos, etc., y muchos otros trabajos suyos están compuestos en un lenguaje en que se mezclan elementos tomados de las diversas variedades de la lengua.

Con la muerte de Orixe se cierra una época, de la que él es el más eximio representante. La generación actual, la de la posguerra, tiene características bastante diferentes.

EL CURA SANTA CRUZ

CAPITULO 39

EL VASCO Y VASCONIA

EL VASCO.—Madre Euskalerría; vengo a tener contigo una charla.

EUSKALERRÍA.—Di, hijo.

EL VASCO.—Muchos te pregonamos nuestro amor y traemos tu nombre en la boca.

EUSKALERRÍA.—Más que en el corazón, hijo. Es la canción de siempre.

EL VASCO.—¿Qué dices de los carlistas?

EUSKALERRÍA.—Hubo y hay entre ellos vascos verdaderos, aunque pocos. A ellos les deben los vascos actuales el conocimiento y el amor de las leyes vascas. En nuestro país hacía tiempo que se había apagado el amor hacia los Fueros. Desde hacía siglos, los reyes no juraban los Fueros, hasta que vino don Carlos. Este quería servirse de los vascos para ser rey, y nos los prometió: los vascos querían servirse del rey para conservar los Fueros, y ambos se quedaron chasqueados.

EL VASCO.—¿Y qué dices de los vascos de hoy?

EUSKALERRÍA.—También entre ellos hay vascos auténticos, pero también éstos son poquitos; y algunos se aman más a sí mismos que a Mí.

EL VASCO.—¿Qué se precisa para amarte a Ti?

EUSKALERRÍA.—Servir a Dios. ¿Qué leyes quieres para tu país? ¿Bajo qué otro señor quieres estar? ¿Al servicio de ti mismo? ¡Mira que no te engañes! Dios tienes los

pueblos en su mano: El los engrandece, El los deja perecer. Mientras le sirvamos a El, no nos perderemos. EL VASCO.—Eso mismo pienso yo: en Euskalerría necesitamos ante todo las leyes de Dios. Pero, ¿qué mal, qué lacra tenemos los vascos de hoy?

EUSKALERRÍA.—La tripa es vuestro mayor enemigo. Os enriquecisteis, os acostumbrasteis a la abundancia, y ahora necesitáis mucho. No es que seáis indolentes para el trabajo, pero si viene un forastero, vivirá más fácilmente con lo que vosotros ganáis, y os echarán de casa. Los extraños serán vuestros dueños. Para ellos vuestro país es la América, y vosotros tendréis que ir a la América de Ultramar, o al menos tendréis que salir de casa.

EL VASCO.—La tripa, la glotonería nos ha echado a perder, sí. ¿Y qué más?

EUSKALERRÍA.—En segundo lugar, el arrinconar el vascuence. Los hombres de barba y las chicas elegantes se avergüenzan de su idioma. Y los jóvenes locos, mucho fútbol y juegos exóticos, y poco seso en la cabeza, poco les importa Euskalerría. Debería decir verdades aún más amargas, pero ten presente una cosa: mientras guarde la ley de Dios, Yo no moriré; y si me aparto de El, pobre de mí. La Justicia levanta los pueblos; el pecado los hace miserables.

EL VASCO.—Madre Euskalerría: quiero para Ti la ley de Dios y el vascuence. Lo demás lo dejo al beneplácito de Dios. El es dueño y señor de los pueblos.

(*Santa Cruz Apaiza*, San Sebastián, 1929, pp. 143-145.)

FE PURA

Antes de salir el sol,
a través del olmedal
hermoso de Burgos,
presintiendo el norte fino,
en todos los días de asueto
me dirijo por costumbre
hacia la Cartuja,
silencioso en oración.

Como tema de oración, el campo:
hartos los ojos y oídos,
quiero de algún modo
barruntarte.

Al sol que dicen
que es tu ojo,
la blanca niebla mañanera
le ha puesto un cendal.

No por largo tiempo. Muy pronto
devorará a la niebla.

Como es junio,
el sol tiene fuerza.

Sobre las tiernas ramillas
un ruiseñor

llama que te llama
se afana ebrio.

En la Cartuja están silenciosos
bajo el dominio del sueño nocturno:
por la noche han cantado
con oraciones y salmos.

Que él te alabe
turnando con ellos,
pues aquel pájaro
no ha perdido el sueño por la noche.

Hartos de atmósfera, de luz,
los ojos y el seno,

silencioso
profiero yo mi canto.

Pues que estás en todas partes,
podía conocer
que te injiero
en cada anhélito.

Apártate, Anaxímenes,
bien sé yo que Dios
no es la atmósfera,

¡no vengas a embrollarme!

Apártate, Plotino,
que tampoco es la luz sutil,
no puede ser alcanzado
con los sentidos

ni en imagen!

Pero siendo yo sensible,
en vez de aprehenderte desnudamente,

no podía negar
el gusto de los sentidos.
Las lágrimas de entonces,
¿de qué se arrepentían? ¿Qué amaban?
Lo sé, a mí mismo. No te buscaba
puramente.
En esto, San Juan de la Cruz
me decía
que buscase
la fe seca.
En aquel bosque
leí
que Tú estás cerca
de la fe desnuda.
Iglesia de la Cartuja,
la más silenciosa de las iglesias,
dechado de la verdadera
paz y fe.
Aun ahora
me llena de envidia el interior;
la fe seca
tiene por recompensa la envidia.
En aquellos años locos
en medio de muchos cienos,
¿cuántas pepitas de oro
llegué a recoger?
Te tenía a Ti más adentro
que mi propio anhélito,
y con todo, no entré en mí.

(Omenaldi, pp. 314-315.)

MUSICA CALLADA

(De la *Introducción a la traducción vasca de las poesías de Fr. Luis de León y San Juan de la Cruz, hecha por Gaztelu*)

Desde que empecé a estudiar gramática había yo observado que el vascuence era tierra generosa para expresar la ciencia del ser, es decir, la metafísica. Tanto los dos nombres verbales, la composición verbal, el análisis y la síntesis y los sufijos los veía yo como otros tantos medios de expresar las ideas generales. Vengan nuestro

dudoso amigo Vinson y su repetidor Unamuno a decirnos lo contrario. Pero no había caído yo en la cuenta que también era apto para la poesía, hasta bien entradito en años.

Un buen día, en cierta colección de poesías vascas, encontré la versión de *La vida del cielo*, de Fray Luis de León, y, por cierto, bonitamente hecha. ¿Quién será, me dije para mis adentros, este hombre atrevido? Resultó ser el señor Gaztelu.

A decir verdad, imposible me parecía el traducir a nuestra no cultivada lengua aquel maestro e ídolo de mi juventud; y ni intenté siquiera, aunque estaba acostumbrado a hacer otras traducciones bien difíciles. Y lo que me asombró fue que Gaztelu aventajaba en algo al original.

Otro día tropecé en la revista «Olerti» con el cántico a lo divino de San Juan de la Cruz, y mi asombro fue doble. Traducir lo que yo creía más imposible. Entonces me pareció que al euskera se podían traducir fielmente cosas difíciles, y no a manera de *traduttore traditore*. Si se traducían al vasco esas dos poesías que yo más apreciaba en mi tiempo, creía que no había imposibles para esta nuestra lengua bien poco habilitada.

Todavía, antes de decidirme a traducir ese cántico amoroso, me parecía atrevido de expresiones para entre nosotros, y no me hubiera atrevido jamás si Gaztelu no me hubiera contagiado. Para estos cantos amorosos el castellano estaba hecho, porque sus escritores tornaron a lo divino hasta los amoríos humanos. Otro tanto hicieron en música Morales y Guerrero.

En cierto sentido, no me asombra del todo lo que dice Fitz Maurice-Kelly en su *Historia de la Literatura Española*, o sea, que esos versos son de una «alta sensualidad». Pudiera suceder, sí, que en inglés, como en vasco, resultasen más crudos; pero si se tornan a lo divino, no tienen tal dejo de crudeza. Por otra parte, Dios mismo nos da derecho a hablar así en sus libros santos, sobre todo en el *Cantar de los Cantares de Salomón*. ¿Por qué, pues, no darlos en vasco?

Como digo, hacía mucho tiempo, a poco de haber emprendido mis estudios, caí en la cuenta que el euskera con sus andrajos llegaba más adelante en algunas ciencias que las lenguas circundantes. Pero ni soñaba que valiese

tanto para la poesía. Y para entonces tenía yo traducidos en el mismo metro los himnos de la Iglesia, cosa que las lenguas vecinas nuestras no lo han hecho, ni lo harán sin mucha dificultad.

Nuestro pobre euskera tiene palabras largas hermosas, pero no tiene sino unos pocos monosílabos, y, sin embargo, ha llegado a lo que no han llegado el castellano y el francés traduciendo los himnos eclesiásticos en el mismo metro. Y todavía, ¿cómo atreverme yo a dar en vasco estos autores, que son, sin duda, los mejores en la línea castellana?

Un tal Rousselot afirmó que el mayor lírico mundial era Fray Luis de León. No le tienen como menor la mayor parte de los castellanos a San Juan de la Cruz. He aquí las palabras de Menéndez y Pelayo: «¿Quién me dará palabras para ensalzar ahora, como yo quisiera, a Fray Luis de León? Si yo os dijese que fuera de las canciones de San Juan de la Cruz, que no parecen ya de hombre, sino de ángel, no hay lírico castellano que se compare con él, aun me parecería haberos dicho poco.»

Pues bien, Gaztelu se ha atrevido con los dos mayores; ha vestido de bonito ropaje las mejores piezas de ambos. ¿No estará ya nuestra lengua cercana a la cumbre que le pertenece? Vendrán quizá otros que los traducirán mejor que nosotros y creo que se les podrá comparar con los originales; aunque es difícil superarlos de todo en todo. ¿Pero sería poco para nuestra literatura traducir así lo ajeno, aunque no hubiese de salir de entre nosotros ningún poeta como ellos?

(*Musika Ixilla*: Música Callada; Introducción, pp. 11-15.)

LOS VASCOS (EUSKALDUNAK)

(Traducimos la invocación inicial y el comienzo del primer Canto, titulado «Pestaburu»=La fiesta patronal. Del Canto IX titulado «Letari»=La Rogativa, traducimos el trozo que describe la tormenta.)

Ven a mí, anhélito de arriba,
trabaja a una conmigo,
para que acierte a plasmar

el espíritu de un pueblo.
 Que el futuro pueda exclamar:
 Aquí existió un pueblo.
 O mejor aún, inyectémosle
 ímpetu para que pueda perdurar.

I

LA FIESTA PATRONAL

En la vieja Navarra,
 en Larraún,
 en medio de dulces prados
 se asienta Huici,
 semejando un nido de perdices.
 Rodeando a las praderas,
 cual borde de ese nido,
 se encuentra el bosque amado,
 lugar de faena de los carboneros.

Los vascos de Labort les enseñaron
 a segar la hierba,
 de Vizcaya vinieron
 a cocer las piras de carbón,
 también había diestros guipuzcoanos
 labrando la madera.
 Entre todos esparcieron
 mil bellos relatos.

Precisamente por San Miguel
 celebran la fiesta patronal;
 Engracia y Miguel
 allí se enamoraron
 —pues por suerte fueron elegidos
 para formar pareja en la danza—
 allí se dirigieron
 la mirada mutuamente.

La víspera de la fiesta
 por todas las cuestas abajo
 los pastores traen a casa
 cada uno su oveja.
 Y el que no tiene rebaño
 también se la procura,
 por dinero, permuta o a cambio de trabajo.

Cada casa se convierte en carnicería
 dos veces por año:
 en la matanza del cerdo
 y en la víspera de la fiesta.
 El muchacho es todo ojos,
 el gato está al acecho.
 El abuelo ha asado
 el bazo en la paleta.

Menudillos hay de comida
 para la tarde,
 sopas con callos y sangrecilla
 para cenar;
 vino vivaracho de Peralta
 para animar el interior
 y para acompañar de buen grado
 a la blanca tortilla.

Colgando queda el cuero de la oveja,
 que sirve para cobertera a los pastores,
 o para preservar secas
 de la lluvia las correas,
 o para envolver los pellejos
 de vino y aceite,
 y también para proteger
 las nalgas del niño.

Son de tamboril resuena
 de Amazkar hacia abajo
 —Poncho de Zubieta acude
 todos los años al pueblo—;
 a manera de pájaros
 que abandonan el nido,
 despejando el interior de la casa,
 salen los niños al portal.

Borlas rojas colgantes
 adornan al tambor.
 Grupos de chiquillos siguen tras él
 en grande animación.
 Cuando tome la merienda,
 ellos son todo ojos
 —el queso esponjoso
 no tiene tantos agujeros—.

Los mendigos acuden
 al olor de la fiesta,

al igual que los cuervos
van a la presa.
A aquel pueblo tienen
particular afición,
pues en él encuentran
mejor acogida que en ningún lado.

A los ladronzuelos
que andan huyendo de casa
les niegan el garganchón
y las asaduras.
En la puerta no saben
decir «Ave María»:
no merecen cobijo
ni hogar.

Los mozos, después de haber hecho
setos y hatos de leña,
van a la casa de vecindad,
donde les espera el tamboril;
hasta la cena se afanan
en febril emulación danzando:
que el trabajo alivie del trabajo
y la danza aligere la fatiga.

El pastor, monte abajo,
al oír la música,
experimenta en el corazón
una conmoción de gozo.
Trae por delante
los corderos y las ovejas viejas,
dejando las estériles
y las yeguas en el pastizal.

«¿En la cena de esta noche
en qué casa estará el tamboril?»
andan preguntando
las chicas viejas y jóvenes;
los hombres, niños y mujeres
van a la cama,
dejando en el llar
a la pobre cocinera.

Muge la vaca
al oler a sangre,
la noche larga resulta breve.
ha alboreado;
en un abrir de ojos

ha llegado la fiesta...
al oír el canto del gallo
todos sacuden la flojera.

*Señor San Miguel,
ahuyenta las tinieblas,
que el ojo de Dios
nos traiga el día.
Con él el abuelo
y la abuela
salten de gozo
mientras tengan salud.
Que las chicas, chicos, niños,
maridos y mujeres,
sembrados, montes, campos,
yeguas, ovejas jóvenes
experimenten
la sacudida del gozo;
aflicciones y trabajos,
retiraos al rincón.*

Los hombres del bosque, carboneros,
leñadores y carpinteros,
cada ocho días vienen a misa
a cumplir como cristianos
y a contribuir por la tarde
en el regocijo popular.
Hoy al olor de la fiesta
vienen de Martsan abajo.

En el abrevadero de Iturriaundi
se lavan las caras
—pues durante la semana
no han limpiado su epidermis—:
únicamente tienen blancos
los dientes y el bolsillo,
todo lo demás es carbón,
y las manos tizonas.

Ensuciaran el agua
que beben las vacas,
si la corriente
no se llevara la porquería.
Secándose la cara
con el pañuelo
entran en el pueblo
profiriendo gritos y relinchos.

Allí está de bersolari
 el Negro de Saldías,
 nada torpe por cierto
 en lanzar indirectas.
 ¡Qué cura hubiera sido
 Cualquier entuerto que ocurriera,
 al punto lo enderezara.

Hubo cierta vez
 dos jóvenes prometidos,
 y el novio despidió
 injustamente a la chica:
 el Negro afiló
 la lezna de su lengua
 y con sus versos le despachó
 a los bosques de Irati.

(*Euskaldunak*, pp. 13-21.)

IX

LA TORMENTA

(Tras una pertinaz sequía, el pueblo acude en rogativa a San Miguel de Aralar a implorar la lluvia. Pronto ven cumplidos sus deseos al desatarse la tormenta)

A fuerza de besos y reverencias
 han ablandado el corazón del Angel:
 hoy no mienten las nubes;
 han hecho sonar el estampido de guerra;
 los truenos secos pasan
 buscando país extraño;
 pero llega el viento frío
 que sacude el rostro.

En cuanto termina la función de iglesia
 han salido en grupo al exterior;
 con esperanza levantan
 los ojos a las nubes:
 «Esta vez, si el graznido
 de la lechuza de ayer no miente
 —ha dicho uno—, lluvia rica
 caerá a la tierra.»

Si se ve de día a la lechuza
 es fama que llueve pronto.
 Otro dice: «Una gallina vuelta gallo
 ayer estaba cantando:
 eso suele traer tormenta
 infaliblemente.»

La oración del ama de casa
 ¿acaso no lo acertó?

El otro diz que ha visto
 al gato limpiándose la cara de mañana:
 también esto, según creencia del pueblo,
 es indicio de próxima tormenta.

Por fin, todos estos barruntos
 los ha vencido uno con este otro dato:
 habiendo tan gran sequía en la tierra,
 el topo la estaba trabajando.

Hoy no se come cordero; allí están
 los asadores arrinconados en el cuarto;
 no hay fuego; no cae, como de costumbre,
 a gotas la grasa.

¿Cómo meter por el garguero adentro
 la comida seca sin olor?

Si como ellos la mojan con saliva,
 ¡el cielo trajera un aguacero!

El viento norte primeramente a las nubes
 ha impelido hacia lejos;
 tras de ellas otras varias
 se han ido sin lucha.

De la parte de Alava, de Guipúzcoa
 se han enfrentado dos;
 encrespándose el viento, primero se produce el ronquido,
 después el resplandor del relámpago.

Mientras la nube del norte está quieta,
 se acerca la de Alava;
 el estruendo del trueno viene más fuerte,
 haciendo más frecuente y más largo su rugido.

Los ímpetus de ambas nubes han chocado,
 las dos traen odio en el seno;
 la gente siempre conserva el gusto
 de contemplar esta lucha.

Las dos nubes se han juntado sobre el valle de Ata,
 dejando atrás los retazos de sol.

Mirándolas desde donde hace sol,

aún tienen el color más negro.

Al tiempo que brilla el rayo,

aparecen de color ceniza.

Esa ceniza, cerniéndola, puede Dios
convertirla en lluvia.

Al modo como la abuela

por la noche cuando va a la cama,

tomando la pala en la mano

mete adentro las brasas

y recoge la ceniza,

y al día siguiente sacudiendo ésta,

encuentra dentro el fuego...

así Dios de la nube negra

encendía el relámpago.

Allí está el Señor. El que de la nada

ha hecho todo, ¿no puede acaso

de la nube negra y mojada

sacar fuego abrasador?

Ese fuego, reventando la nube,

nos ha esparcido la lluvia.

Por fin ha comenzado. Doscientas lenguas

han proferido el nombre de Miguel.

En las orejas se percibe como un ruido lejano de pe-
la gente no se asusta; [drisco;

la hoja de árbol, con la larga sequía,

¡se hallaba tan reseca!

Como la lluvia es recia y la hoja está dura,

produce un ruido característico;

el campo sediento rechina

a manera de la cal viva.

(*Euskaldunak*, pp. 352-356.)